

LA “BREGA LEGAL”: HUMILLACIÓN Y OPOSICIÓN EN EL TRABAJO*

Philippe Bourgois

En: *La “Brega Legal”: Humillación Y Oposición En El Trabajo*. Antología del pensamiento crítico puertorriqueño contemporáneo. Anayra Santory Jorge and Mareia Quintero Rivera, eds. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. CLACSO. <http://www.jstor.org/stable/10.2307/j.ctvnp0jr5>, accessed March 31, 2020.

*Yo quisiera trabajar legal.
Primo*

Todos los miembros de la red de Ray, incluso Ray mismo, poseen amplia experiencia en trabajos honrados. Casi todos ingresaron al mercado laboral legal a edades excepcionalmente tempranas. A los doce años ya empacaban bolsas en supermercados, almacenaban cajas de cerveza en bodegas locales o trabajaban como mensajeros. Sin embargo, al alcanzar los veintiún años de edad, ninguno de ellos había cumplido el sueño de encontrar un empleo estable bien remunerado.

El problema es uno de estructura. Desde los años cincuenta hasta finales de los ochenta, los puertorriqueños asentados en zonas urbanas estaban atrapados en el rincón más vulnerable de la economía estadounidense, que empezaba a abandonar la industria y a reorientarse en torno a los servicios. Entre 1950 y 1990, el porcentaje de trabajos industriales en Nueva York decreció en dos terceras partes mientras que el del sector terciario se dobló. El Departamento de Planeamiento Urbano calcula que entre los años sesenta y principios de los noventa, más de 800.000 plazas industriales

* Bourgois, Philippe 2010 “La ‘brega’ legal: humillación y oposición en el trabajo” en *En busca de respeto. La venta del crack en Harlem* (Río Piedras: Ediciones Huracán). Traducción del inglés por Fernando Montero Castrillo.

desaparecieron al tiempo que el total de empleos en todas las categorías permanecía estable alrededor de 3,5 millones (Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, 1993: 37, cuadro 6).¹

Sociólogos y economistas han mostrado que esta reestructuración de la economía estadounidense ha resultado en mayor desempleo, menores ingresos, el debilitamiento de los sindicatos y un dramático empobrecimiento de las condiciones laborales en los empleos básicos. Sin embargo, pocos estudiosos han tomado nota de los trastornos culturales que ha provocado esta transformación. Con la insólita expansión del sector de finanzas, seguros y bienes raíces (FIRE, por sus siglas en inglés) en Nueva York, los trabajos de oficina del distrito financiero se han convertido en la opción predilecta para los jóvenes ambiciosos de la *inner city* que aspiran a mejorar su situación socioeconómica. Una vez allí, empleados como fotocopiadores, mensajeros o carteros, es común que sostengan un angustioso enfrentamiento con el mundo de la clase media alta. Las normas culturales dominantes en los rascacielos neoyorquinos chocan frontalmente con las definiciones de dignidad personal defendidas por la cultura callejera, especialmente para los varones, cuyo proceso de socialización suele acondicionarlos para rechazar toda manifestación pública de subordinación.

DESACATO, DESIDIA Y AUTODESTRUCCIÓN

Contrario a mis expectativas, los vendedores de drogas con los que interactué no se habían retirado por completo de la economía legal. Más bien, como mostré en el capítulo 3 al examinar la experiencia laboral de Willie y Benzie, quienes abandonaron sus empleos para convertirse en vendedores y consumidores de *crack*, casi todos ellos cuelgan precariamente de las orillas de la economía legal. La pobreza es la única certeza conforme alternan entre la venta de *crack* al detalle y una larga sucesión de empleos legales de salario mínimo. Los puestos que logran conseguir son invariablemente los menos apetecidos. En los años en que los conocí, los empleados del Salón de Juegos trabajaron como extractores de asbestos, repartidores de volantes, auxiliares de hogar, cocineros freidores y vigilantes nocturnos en la sección de alta seguridad del hospital municipal para delincuentes psicóticos.

1 En 1950, los trabajos industriales representaban el 30% de los empleos en Nueva York; a comienzos de la década de los noventa, solo conformaban el 10%. En cambio, las plazas del sector servicios crecieron de un 15 a más de un 30 % del total de puestos en el mercado laboral entre 1950 y 1992. Solo en los años ochenta, la producción industrial decayó en un 31% mientras que los “servicios productivos” aumentaron en un 61% y la “totalidad de los servicios” creció un 16% (Romo & Schwarz 1993: 358-59).

La mayor parte de estos intentos de ingresar al mercado laboral legal acabó en el despido, pero ellos concebían el retorno al narcotráfico como un acto de resistencia voluntaria y un triunfo del libre albedrío. Un llano rechazo de la explotación los impulsa a regresar a la economía del *crack* y al consumo empedernido de drogas. Al mismo tiempo, recurrir a la venta de *crack* no es una decisión inconvencional, triunfal y deliberada. Primo es un buen ejemplo de un traficante que solía expresar frustración por su inhabilidad de conservar un empleo legal estable. La primera vez que me manifestó tal parecer fue poco tiempo después de recibir la primera condena de su vida por vender *crack*, cuando el supervisor del régimen de libertad condicional lo obligó a acudir a una agencia de colocación laboral. Detrás de la ira que sentía por las pésimas condiciones de trabajo que le ofrecieron, Primo albergaba un profundo temor de que la ineptitud y la desidia fueran sus mayores problemas.

Primo: [Tritura cocaína con un billete de un dólar en el cuarto trasero del Salón de Juegos]. La mujer que me asignaron como supervisora es una imbécil. Quiere que yo trabaje como guardia de seguridad. Y yo no quiero ser ningún gualdián. Yo no quiero lidiar con locos que se quieran meter a robar. Yo dejo que se metan y se roben lo que quieran. ¡Te lo juro! Lo único que te dan es un bastón y solo te pagan una vez por semana. Por mí que se roben cualquier cosa.

Esa jodía asesora me dice: [imita un quejido burocrático] “Mientras mejores sean tus calificaciones, mejor va a ser tu trabajo”. Pues que se joda porque yo voy a seguir buscando por mi propia cuenta.

Ayer tuve una cita en una compañía que ella quería que yo visitara, una empresa que limpia las sábanas de los hoteles y ese tipo de cosas, servicios de habitación. Así que yo fui, nada más pa echar un vistazo, pero me di cuenta que los que bregan allí son un chorro de mexicanos. Y yo no soy un jodío mexicano.

El primo mío tiene un trabajo; él ha estado allí como tres años ya. La semana pasada él me dijo: “Primo, vente conmigo y le hablamos al *boss*”. Pero no pude ir a hablar na porque me dormí. Puse el reloj y todo pero no escuché la alarma [inhala cocaína].

Philippe: ¿Por qué no consigues un trabajo cualquiera solo por ahora? Como el que tiene tu hermana en McDonald’s.

Primo: ¿Tú sabes por qué yo no me ajoro por encontrar trabajo? Mira, yo tengo veintiséis años. Si yo me apresuro y en vez de encontrar trabajo con un sindicato me embalo a bregar en McDonald’s, eso solo muestra que yo me abalancé sobre un McDonald’s pa guardar las apariencias.

¡Un pana de veintiséis años en McDonald’s! Tú no ves tipos de mi edad cuando vas a McDonald’s.

Cuando uno ve a alguien mayor es porque esa persona no tiene educación, no tiene escuela superior, nada de nada. No sabe hablar inglés. O sea, mi inglés es malo, pero yo hablo mejor que los que trabajan en Burger King.

Philippe: Pana, lo único que tú haces es inventar excusas.

César: [interrumpe, casi enojado conmigo] ¿Tú sabes cómo llamo yo a los trabajos de Burger King o McDonald's? Yo los llamo esclavitud.

Y yo sé lo que te estoy diciendo porque yo he trabajado allí. En McDonald's te explotan y te pagan pésimo. Puedes trabajar tiempo completo, una semana, cinco días por semana, y te vas pa tu casa con ciento treinta o ciento cuarenta pesos y más nada.

¿Y tú sabes cuál es la jodienda? Que no solo te explotan y te pagan pésimo, sino que tú tienes que... Quiero decir, ¡cuando te digo que te explotan y te pagan pésimo! Tienes que freír las jodías hamburguesas, tienes que mapeal; tienes que hacer tanto trabajo pa ganarte una paga de porquería. [extiende la mano para tomar el billete con la cocaína y cambia el tono con una sonrisa burlona] A mí me da *pereza* buscar trabajo decente. Eso es todo. No me da la gana de pasar por todos los procesos.

Yo no me voy a meter en un empleo de polquería pa después volverme loco enfogonado por la paga, por lo que me ponen a hacer hasta que aparezca algo mejor.

Piénsalo bien: si tú tienes un trabajo de polquería, ¿con qué tiempo vas a ir a buscar uno mejor? Bregas todo el día. ¿Vas a faltar al trabajo pa ir a una entrevista, pa que te digan que te llamarán más tarde?

[le hace una señal a Primo para que hunda la llave en el montón de cocaína] ¡Ey, Primo! ¡Aliméntame!

Y por eso tú pierdes el salario de un día y eso te acerca todavía más al infierno porque no tienes chavos pa compral perico [sonríe malévolamente e inhala de la punta de la llave con cocaína que Primo le sostiene bajo la fosa nasal izquierda] Y si yo no me puedo ennotar como a mí me gusta los fines de semana... [Aspira de nuevo; fuertes risas mutuas].

Philippe: ¡Okey, okey! Te entiendo, C-Zone. Pero en serio, Primo, tú tienes un juicio en estos días.

Primo: [inhala] Tienes razón, yo estoy inventando excusas, pero el lunes voy a ir otra vez a la agencia pa darle seguimiento. Debe ser que ya me acostumbré a bregar en la calle porque ha pasado mucho tiempo desde la última vez que tuve un trabajo legal.

La semana pasada me mandaron a una sastrería pero no me gustó. Yo no quería ponerme a medir hombres. ¿Tú estás loco? No es pa mí eso de tocar hombres por todas partes.

Aún así pude haber durado más de dos semanas. Ésa no es la única excusa. El problema es que yo me seguía amaneciendo en el Salón de Juegos y me tenía que levantar por la mañana pa ir a trabajar.

César: [lo consuela] Naaa. Yo visité la tienda. Ese no es un lugar pa empezar una carrera.

Primo: [cabizbajo] Yo hice un chorro de estupideces. Escogí venirme de allá pa acá y sigo metido acá.

César: Sí, en estos días yo me siento perezoso; sencillamente quiero despertarme a la jodía hora que me venga en gana. Lavarme las bolas y salir a la calle empanzado por toda la comida que hay en mi casa, y janguear con el corillo, y escribir rimas [de *rap*] y relajar en el piso de arriba y ganarme mis chavos de polquería.

Ves, yo me mantengo fuera de problemas mientras vendo piedra porque me la paso relajando con Primo [le hace una indicación a Primo para que prepare más cocaína]. Lo que me jodió cuando yo tenía trabajo limpio es que yo fumaba pipa. Eso fue lo único que me jodió.

Porque en serio, yo estoy feliz con mi vida [aspira]. Nadie me fastidia. Recuperé el respeto.

Abuela me quiere mucho. Tengo una mujer. Tengo un hijo. Yo me siento completo. A la verdá no necesito más na. Tengo chavos pa arrebatarme [aspira de nuevo]. Todos los días yo bajo al primer piso y trabajo para Pops, y no me llevo nada de lo que me gano pa mi casa porque al día siguiente los chavos no me hacen falta. Así que voy y me pongo *high* pero mañana no me hacen falta chavos, porque vuelvo al Salón de Juegos, trabajo, me gano los chavos y eso me permite fumar pipa otra vez. [Le hace una señal a Primo, que hunde la llave otra vez en el montón de cocaína].

Philippe: [se ríe] ¿Por eso es que tienes los zapatos tan sucios?

César: La única razón por la que yo no tengo tenis nuevas es porque tengo que tomar una decisión: o ahorro chavos pa comprarme unos chambones o me enoto y me enfiesto. Y por ahora, sea como sea, yo me voy a arrebatrar [vuelve a inhalar coca].

Los chavos que yo me gano en el Salón de Juegos son pa mi locura personal, pa alimentar mi propia drogadicción y autodestrucción. Yo y más nadie soy el que decido qué hacer con ellos.

Nadie me puede decir qué hacer.

Son pa que yo me pueda lastimar por dentro, pa despeltarme todas las mañanas con el estómago torcido, hecho un nudo, enfermarme y vomitar y no poder comer ni respirar y tener churras, y andar cagando por toas partes, y estar jodido, y tener un ojo rojo y el otro blanco, y el pelo apestoso, y odiar a mi mujer y odiar a todo el mundo por la mañana. Eso es lo que me pasa a mí la mañana siguiente [vuelve a inhalar].

Pero después me tranquilizo y vomito y cuando vuelvo al Salón de Juegos ya me siento bien. Aquí la pasamos bien y rompemos cosas [señala el sitio donde estaba el televisor; le abre la puerta a un cliente del Salón que toca a la puerta]. Fastidiamos a los clientes, insultamos a los clientes. Insultamos a los clientes en español frente a sus narices, les jodemos el cerebro, les vendemos drogas de polquería pa ganarnos nuestros chavos [acepta diez dólares y entrega dos ampollas de *crack*] y entonces podemos ir a comprar drogas de polquería [señala el billete doblado con cocaína sobre la rodilla de Primo] y despedazarnos a nosotros mismos y hablar una inmensa cantidad de pendejadas [señala mi grabadora].

Philippe: ¿Y los chavos que te podrías ganar regularmente si tuvieras un trabajo limpio?

César: La mujer mía está pendiente de mí y me da comida, porque a ella le dan *welfare* y cupones pa alimentos. En unos meses a mí otra vez me empiezan a dar trescientos pesos mensuales del seguro social y eso va a ser suficiente pa todo lo que yo necesito.

Yo me metí en un lío porque el gobierno se dio cuenta que yo tuve un trabajo legal y me cobraron mil quinientos pesos de impuestos. Me van a sacar el jugo unos meses hasta que mi SSI lo pague todo.

DESPEDIDOS DE PRIMERO, CONTRATADOS DE ÚLTIMO

Ninguno de los miembros del círculo de Ray se consideraba una víctima. El nicho que ocupaban en la economía clandestina les impedía reconocer que la sociedad dominante los juzgaba social y económicamente superfluos. Fui testigo de una de las mayores batallas de Primo contra el trágico reconocimiento de su profunda vulnerabilidad económica al seguir de cerca uno de sus intentos de reingresar al mercado laboral legal, esfuerzo que desafortunadamente coincidió con la recesión que afectó a la economía estadounidense entre 1989 y 1991. Al principio, Primo tenía plena confianza en que encontraría trabajo: “He tenido como diez trabajos en mi vida. Me salí de la escuela a los dieciséis y he trabajado siempre. Cualquiera morón puede encontrar trabajo por ahí”. Incluso sentía una suerte de placer al tomar el metro por la mañana, maravillado ante lo “sanos y bien peinados” que lucían los pasajeros con empleos legales.

Primo sufrió una larga serie de rechazos categóricos. Pese a que los periódicos en esos días publicaban una avalancha de artículos eufemísticos acerca del “apaciguamiento del mercado laboral” y la “pausa temporal del crecimiento de la economía estadounidense”, Primo culpó a su asesor de colocación de empleo (*New York Times*, 13 de febrero de 1991: D1; 6 de septiembre de 1990: D17). Desafiante, “despidió” a su asesor:

Primo: Pa mí que este canto de cabrón en el centro de trabajo, el asesor de empleo, estaba drogao. Siempre que yo me reunía con él tenía los ojos rojos. Perdió todos mis papeles. Lo asignaron a que me ayudara y no tenía ni la menor idea de quién yo era. Me mandó a un fraccatán de lugares, y nada. El pana ése se pasaba arrebatado. El día que perdió mis papeles se puso a buscar mi archivo por toda la oficina. Es un idiota, pana, porque ese archivo era bien grueso. Todos los exámenes que yo había tomado estaban allí. Yo le dije: “Tal vez usted no es mi supervisor. ¿Por qué no le pregunta a otra persona?”

Y él me dijo: “No, yo tengo su carpeta. No sé qué se hizo”.

Tenía una montaña de carpetas y yo con la esperanza de que buscara por allí y encontrara la mía, pero nunca apareció. Fue como si yo nunca hubiera existido.

Un mes después, tras otra serie de rechazos, la confianza de Primo cayó en picada y su consumo de drogas se intensificó. Vivía en carne y hueso la sensación de impotencia que las fuerzas impersonales de oferta y demanda les imponen a los obreros vulnerables en períodos de recesión:

Primo: Supongo que se ha vuelto complicado conseguir trabajo. Antes era fácil, aunque pa mí que este centro TAP [Centro de Evaluación, Valoración y Colocación] me manda a los sitios equivocados.

Yo le dije a mi asesor: “¿Por qué usted no me manda a un sitio donde no haya mandado a nadie el día anterior, pa que me contraten? Porque cuando usted manda a un chorro de personas, ya se sabe que no me van a contratar”.

Pero yo creo que mi asesor tiene un trato con los jefes pa que les mande un puñado de personas a la vez. Así ellos pueden escoger al mejor. Y eso me está malo, pana.

Yo me le quejé: “¿Por qué usted no les dice: “Solamente podemos mandar a una persona, porque no tenemos más. No tenemos muchos clientes”.

Pero en cambio el tipo me mandaba a mí y a todos los demás. Eso te jode las posibilidades. ¿Cómo es eso que uno tiene que reñir pa conseguir trabajo? Antes los TAP eran mejores. Siempre que me mandaban a una compañía, fuácata, me contrataban, porque no enviaban a un puñado de gente. ¡Te lo juro!

En 1990, la caída estrepitosa del número de empleos básicos en el mercado laboral legal tomó a Primo por sorpresa. La recesión no solo le dificultó la búsqueda de empleo, sino que lo llevó a percatarse de las restricciones particulares de la nueva etapa de vida en que se encontraba: pronto sería demasiado viejo para competir por los trabajos que desempeñó cuando era adolescente, época en la cual abandonó la escuela e ingresó entusiasmadamente a la fuerza laboral legal. Ahora, a sus 26 años, su historial de trabajo legal tenía una larga interrupción difícil de justificar al solicitar empleo. Acabó interiorizando la marginación estructural. Entró en pánico y cayó en espiral hacia la depresión mental.

Primo: Me equivoqué, Felipe. Yo pensaba que era fácil conseguir trabajo. Escuché en las noticias que hay una depresión... una recesión económica, una vaina así. Y yo pensé para adentro: “¡Coño! Eso va a joder no solo a los que bregan pal estado, la municipalidad o el gobierno federal, eso también nos jode a gente como yo, gente que no tiene especialización, como yo. Esto va a estar bien cabrón”.

No poder encontrar trabajo me hace sentir como un mamao.

Porque a veces la gente piensa que yo soy un manganzón porque me viene en gana.

Pero uno se cansa de estar sin nada que hacer. A mí me gusta ser útil, sentir como que valgo algo. Estar sin trabajo me hace sentir mal, pana.

Quizá consiente de que las conexiones personales suelen ser útiles para obtener empleo, Primo empezó a invitar a Benzie, su único ex-colega del Salón de Juegos que tenía un trabajo estable, a pasar más tiempo juntos. Dicho y hecho, Benzie comenzó a contarle a Primo sobre la posible desocupación de un puesto en la cocina del gimnasio del barrio rico al sur de East Harlem donde trabajaba. Un 23 de diciembre, Benzie invitó a Primo a la fiesta navideña del gimnasio con

la esperanza de presentarle a la supervisora, pero Primo llegó tarde, horas después de que se marcharan los gerentes y administradores. Únicamente pudo conocer a algunos de los conserjes que se habían quedado terminando de beber el ponche. Más tarde esa misma noche, rodeado de cerveza, cocaína y heroína en la escalera del residencial público donde vivía con su madre, Benzie le reprochó a Primo el haber arruinado su mejor oportunidad de conseguir empleo. En el transcurso del diálogo, Primo descubrió los inconvenientes del puesto y la identidad de su competencia:

Benzie: ¿Tú te acuerdas de El Gordo, el goldito que estaba en la fiesta? Bueno, ése es el que? estoy tratando de que boten pa que tú cojas el puesto que él tiene.

Philippe: Pero ése lo único que hace es fregar los platos.

Benzie: [un tanto inquieto] Yo sé... yo estoy con él atrás. Yo estoy a cargo de él y todo lo hace mal. Yo lo trato de corregir, pero él no se toma el trabajo en serio.

Yo le digo a mi supervisora que yo conozco a una persona que de veras quiere trabajar. Pero es que ella es blandita con él, porque le tiene pena. Y yo le tengo pena también porque sé lo que él tiene.

Primo: [suspica] ¿Cómo, "lo que tiene"?

Benzie: [ignora la pregunta] Pues mira, Pops, lo que tú tienes que hacer es fregar platos, pero te pagan seis pesos la hora, y no hay ningún otro lugar que de entrada te pague seis pesos por fregar platos. Lo más que te dan son cuatro o cinco pesos.

Y después de un año te dan una semana de vacaciones...

Primo: [interrumpe] Contestame. ¿Qué tiene El Gordo? ¿Por qué le tienen pena?

Benzie: [avergonzado] Bueno, es lento, tú sabes, entonces trabaja un poco raro...

Primo: [preocupado] ¿Qué quieres decir con que es lento?

Benzie: Es decir, es lento de mente. Tiene una discapacidad. [A la defensiva]. Mira, pana, yo solo estoy tratando de ayudarte.

Quedaba claro que el colega de Benzie que sufría de retraso mental era más competitivo que Primo para el puesto de lavaplatos. Mientras tanto, la vida personal de Primo se comenzaba a desmoronar. Llevaba meses alojándose en el cuarto de su novia, María, que vivía en el apartamento de su hermana en el caserío ubicado frente al Salón de Juegos. La hermana de María huyó a Connecticut con su marido y sus tres hijos después de que el socio narcotraficante de su marido apareciera muerto de un disparo en el automóvil familiar. Primo y María asumieron la responsabilidad del alquiler, pero en esta época fue que Ray disminuyó los turnos de Primo a dos noches por semana, y para colmo las ventas no marchaban bien. María consiguió empleo en un restaurante de comida rápida, pero el salario no era suficiente para solventar las necesidades de ambos. Primo, carente de opciones, les tuvo que pedir limosna a su mamá y sus hermanas.

Primo: María empezó a bregal en Wendy's esta semana, pero gana ochenta y pico, noventa y pico pesos semanales netos. El *welfare* que le dan es una porquería, no llega ni a cuarenta pesos por quincena. Son treinta y siete pesos y un par de pesetas porque los cajeros le quitan un poco. Acho, es una polquería lo que le dan.

Pero yo y María nunca pasamos hambre, porque si no tenemos nada que comer en casa de María, yo me voy pa la casa de mi mai, o donde mi otra hermana que vive aquí en la cuadra.

A veces la mai mía me ayuda. Me da veinte pesos, tú sabes. De vez en cuando me da cupones, más o menos una vez al mes.

Pocas semanas después de esta conversación, el Instituto Neoyorquino de Vivienda desalojó a Primo y María por no pagar el alquiler. Debieron separarse, y ambos regresaron a vivir con sus respectivas madres en dos residenciales públicos del Instituto de Vivienda en El Barrio.

LA INTERIORIZACIÓN DEL DESEMPLEO

Durante los meses siguientes, la estrategia principal de Primo consistió en negarse a reconocer que el mercado laboral legal le había cerrado las puertas definitivamente. Acrecentó su consumo de alcohol y drogas y arremetió contra su novia, la única persona sobre la cual todavía ejercía poder. Cuando María perdió el empleo en Wendy's, Primo reaccionó con sermones cuya lógica subvertía los roles sexuales tradicionales respecto al trabajo asalariado, aun mientras insistía en mantener el monopolio del patriarca sobre la disciplina familiar.

Primo: Yo tengo que abusar verbalmente de esa jeba porque no hace nada por sí misma: terminar la escuela o algo por el estilo. Siempre quiere quedarse en casa dándome besos y acurrucándose conmigo en vez de hacer algo productivo.

Pero yo lo manejo bien. Yo me la paso diciéndole que busque trabajo. Ya la voy a hartar de tantos sermones que le doy.

Yo creo que María debería trabajar en un McDonald's, pa que acumule la experiencia que va a necesitar en el futuro, tú sabes.

Pero ella que no y que no. Yo la amenacé que si no consigue trabajo, yo me voy a dejar de ella.

Yo le digo: "Vete pal *counseling*, llama por teléfono". Pero ella nunca llama y se olvida del asunto.

A largo plazo, el mecanismo de defensa de Primo consistió en refugiarse en las filas de quienes los economistas llaman —con un eufemismo— los "obreros desmotivados", individuos a quienes los datos oficiales ni siquiera clasifican como desempleados. A mediados de los años ochenta, un número cada vez mayor de sociólogos comen-

taba “la caída en picada” de la tasa de participación laboral entre los puertorriqueños radicados en Nueva York. Primo fue parte de este proceso. A pesar de que la tasa masculina de participación laboral se estabilizó para el censo de 1990, en ese año, entre todos los grupos étnicos estadounidenses, los puertorriqueños únicamente superaban a ciertos sectores de los nativos americanos.²

Primo: Me ha ido mal buscando trabajo. No me han cogido en ningún sitio. Ni siquiera como portero en Woolworth’s, que paga cuatro pesos con cuarenta la hora. Cuatro pesos es una porquería y ése es un trabajo con un sindicato.

Así que creo que yo no voy a conseguir trabajo por mucho tiempo, porque yo no pienso trabajar de gratis. Y para ser honesto contigo tampoco pienso trabajar por cinco pesos la hora.

De por sí no me cogen en los trabajos que pagan eso, como quiera.

Ya no tengo ganas de hablar de eso, Felipe.

No tiene sentido que yo despiedice tantos chavos en pasajes pa ir a todas esas entrevistas y que luego no me cojan. Fui a muchos lugares y ya me cansé, Felipe. Así fue como acabé de nuevo en el Salón de Juegos.

De hecho, Primo sí tenía ganas de hablar de ello, pero únicamente después de tomar suficiente alcohol e inhalar suficiente cocaína y heroína como para admitir sus más íntimas preocupaciones. Willie, su anterior vigilante, ahora recluta militar, tenía vacaciones durante este período y al atardecer los tres acostumbrábamos ir al patio de una escuela cercana para discutir nuestros problemas personales. Nos agachábamos entre las trepadoras y los pasamanos, aislados de las ráfagas de viento y de las luces policiales para que Primo y Willie pudieran colocar sus paquetes de diez dólares de cocaína y heroína sobre dos gruesos troncos de madera diseñados para juegos de niños. Como amigo de Primo, me preocupaba el agresivo aumento en su consumo de alcohol y drogas y deseaba verlo dar la cara a sus problemas. Irónicamente, mis grabaciones de los depresivos diálogos entre Primo y Willie, enunciados como flujos de conciencia, registran en el trasfondo los gritos de los “joseadores” con los nombres de las marcas de heroína que estaban a la venta en el patio escolar: “Terminator”, “Black Power”, “DOA” (*Dead on Arrival*, Muerto al ingreso), “Rambo”, “Tóxico”. Este patio de recreo era uno de los puntos de heroína más dinámicos de Manhattan y al mismo tiempo la sede central del Distrito Escolar de East Harlem (*New York Daily News*, 30 de octubre de 1990: 1).

² En contraste con la tasa masculina, la tasa de participación laboral entre las mujeres puertorriqueñas aumentó de un 34% en 1980 a un 12% en 1990 (Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, 1993: cuadro 6-1).

Primo: Okey, okey, Felipe, entiendo lo que tú dices. Yo me la paso dándome palos y esnifeando perico.

Tú dices que estoy deprimido. Pero cuando yo estoy bajo la influencia, lo que siento es que no hay nada que me importe un carajo. Tal vez hoy me vomite y se me salgan las tripas, pero mañana será otro día. Mañana es el día siguiente. Voy a estar sobrio y voy a tener tiempo pa pensar [inhala heroína y me pasa una cuartilla de Bacardí].

Willie: ¿Tú sabes cuál es tu problema, Primo? [Inhala] Que tú no tienes esperanzas. Tú no tienes trabajo. Uno tiene que estar entusiasmado por algo pa tener esperanzas.

Primo: [continúa] Mañana, pana.... mañana será otro día... [Señala la cocaína y la heroína].

Philippe: Mañana vas a estar pegao.

Primo: ¿Tú sabes? Yo creo que estoy a punto de volverme alcohólico. Sí, yo tengo que dejar de beber, pana. Tengo que dejar el alcohol. Yo me estoy matando a mí mismo. No voy pa ningún sitio. Tienes razón. No voy pa ningún sitio.

Philippe: ¿Y qué piensa tu mamá de lo que está pasando? ¿Le molesta? [Le paso la cuartilla de Bacardí].

Primo: ¡Claro! [Toma un sorbo] Pero Felipe, esto me molesta a mí también. Sobre todo porque yo no voy pa más joven. Cada vez estoy más viejo y sería como: “¿Qué pasaría si no estuviera mi mamá?” Si mi mai no estuviera, mis hermanas no me tratarían como me tratan ahora. Y si ellas no me quisieran cuidar, pues entonces, tú sabes, yo sería un bon... un bon todo abochornao.

Si quisiera vivir aquí en Manhattan yo no tendría casa y tendría que vivir como un pordiosero. Y si no puedo encontrar trabajo, ¿cómo voy a conseguir los chavos pa pagar un apartamento donde vivir? Con lo caro que está ahora el alquiler. Tendría que vendel drogas... o... o hacer algo pa poder sobrevivir.

Si no hago nada de eso, tendría que coger mantengo. Y a mí no me gusta pedir dinero, tú sabes. Yo no quiero pedirle nada a nadie. Yo me quiero ganar mis propios chavos.

Willie: [interrumpe] ¡Sí! Antes todo el mundo trabajaba y el mantengo era lo más bajo, lo peor de lo peor. Pero ahora es como el nuevo estilo. Ahora todo el mundo coge mantengo. Pero mi familia sí trabaja. Nosotros nunca hemos pedido mantengo.

Primo: Además, los del *welfare* me obligarían a hacer algo. Tendría que meterme en una escuela o llevar algún tipo de entrenamiento pa que me sigan dando el cheque.

¿Cómo voy a vivir solo, mantenerme y además ir a la escuela con la porquería de dinero que le dan a uno del *welfare*? Tendría que ponerme a joseal pa ganarme los chavos que uno necesita pa vivir.

Willie: No, Pops. [Inhala cocaína, luego bebe]. ¿Tú sabes cuál es el problema contigo? El problema contigo es el dinero rápido. Tú te acostumbraste... te acostumbraste a ser un mandulete y aun así tener donde vivir, donde comer, donde caer dormido por la noche.

Primo: Sí, yo me acostumbré a que me dieran de comer en casa... sin hacer nada por mejorar mi vida [inhala y bebe].

Philippe: ¿Y cómo te sientes por eso? ¿Qué tal si le ayudas a tu mamá con un poco de los clavos que te ganas en el Salón de Juegos? [Toma un trago].

Primo: Ese es el problema. La mai mía me da comida y hospedaje. Lo único que yo hago es aprovecharme de esas cosas [aspira cocaína].

Pero yo lo reconozco. Me hace pensar y me hace sentir mal y yo digo pa entre mí: “tal vez si yo no relajara tanto, como ahorita mismo, yo podría bregar con mis problemas”.

Philippe: ¿Entonces por qué hoy te gastaste tu dinero en esto? [Señalo la cocaína y la heroína y después la cuartilla de Bacardí de la que bebo].

Primo: Y la mai mía se la pasa regañándome. No porque me coma la comida de ella, porque ella no quiere que yo pase hambre, pero es que a nadie le gusta que haya un agregao en la casa. “Tú no vas a la escuela. Tú no haces na. ¿Por qué no vas y buscas un trabajo? Tú ya no eres un nene”. “¡Él es un hombre ya!” [lanza los brazos para imitar la angustia de su madre en un diálogo imaginario con una amistad].

Philippe: ¿Y eso, cómo te hace sentir?

Primo: Me hace sentir como que tiene razón y que tengo que enderezarme, y ganar dinero, y después no usar drogas, y trabajar.

A la verdad, pana, si yo trabajara, la mai mía hasta me plancharía la ropa. Yo andaría por ahí con la ropa toa aplanchada. Mi mai no se quejaría cuando María me visita, ni siquiera cuando se queda a dormir.

En cambio, ahora mi mamá me mortifica: “para que yo aprenda”.

Ella trabaja, mis hermanas trabajan, ¡todas trabajan! Llevan una vida tranquila, tú sabes. Ella quiere verme trabajando y haciendo algo bueno con mi vida.

Así es como me trata la mai mía. Ella se encabrona cuando se despierta en la mañana y yo sigo durmiendo. Y después cuando vuelve a la casa cansada del trabajo y me ve sentadote como un rey frente a la tele en un sillón, como un jodio turista... [Despliega el cuerpo como si estuviera tendido en una hamaca] ¡Se enfogona, pana! [Toma un trago].

Y tiene razón. Tengo que hacer algo bueno con mi vida. Tengo que empezar ahora, aunque no tenga trabajo. Tengo que volver al mundo del trabajo... y buscar lo que yo quiero.

Hasta ahora, pa decirte la verdad, yo solo he sido un manganzón jendido y desnudo.

Willie: Yo soy como tú, Primo [bebe]. Crecí contigo al mismo tiempo. La mai mía también ha trabajado siempre. Trabajaba duro, como una esclava. Era la asistente de una norsa. No ganaba mucho, tú sabes, pero nunca tuvimos que pedir mantengo. Y yo me siento igual que tú.

¡Pero carajo, pana! Es difícil. Sí que es difícil. O sea, toda la mielda por la que yo he pasado [inhala heroína].

Primo: [inhala cocaína] Okey, es difícil, pero no imposible.

Willie: [extiende la mano para tomar la cocaína] Pero cuesta, Pops. Yo tuve que pasar por tantos dilemas.

Primo: Olvídate del pasado. Piensa en el hoy, y luego aborda tu futuro.

Es decir, si yo vivo mal, yo quiero que me ayuden a corregirme. Tú y yo estamos enfiestándonos ahora, ¿no? Pero mañana tú te vas a despertar. Aunque estés pegao, te vas a comer tu desayuno, o lo que sea, y te vas a recuperar. Porque tienes que hacer algo pa mejorar tu vida por ese día, y luego continúas con el mañana, si se tiene que continuar.

Willie: Pero Primo, Primo, estoy tan perdido en mi vida.

Esta noche acabó desastrosamente para Willie. De alguna manera logró que le prestáramos diez dólares y se lanzó en una juerga con *crack* hasta la mañana siguiente.

A lo largo de estos meses, en la etapa más grave de la recesión económica, yo empezaba a cimentar mi amistad con la madre de Primo. Sosteníamos conversaciones telefónicas con regularidad, y ella lucía desconsolada ante el hundimiento de su hijo en la depresión y el alcoholismo. La situación familiar se deterioró aún más cuando la entrada principal de agua del apartamento se reventó, cosa que obligó a la madre y las hermanas de Primo a utilizar cubos para traer agua de los apartamentos vecinos. La molestia se extendió por dos semanas, pues los plomeros se presentaban a arreglar la tubería por el día cuando las mujeres estaban trabajando, y Primo, dormido, no escuchaba el timbre.

La madre de Primo: Llega a la casa a las siete de la mañana y se echa en el sofá como un perro borracho.

Le debería dar vergüenza que a los veintiséis años todavía esté viviendo con la mai. Debería buscar una mujer y mudarse con ella. Hace veintitrés años que yo eché a mi esposo de la casa y Primo es igualito a él. Todas las mañanas viene jendido de la calle.

Él siempre tuvo malas juntas. Ya me lo decían los maestros de la escuela, y él dejó de estudiar a los quince años por culpa de esas malas juntas que tenía.

A la verdad, él nunca se ha mantenido en un trabajo por mucho tiempo. El mes pasado duró quince días en un sitio [la sastrería]. Yo le daba dinero pal pasaje y comida pal almuerzo, pero él ni siquiera regresó a la tienda a recoger el cheque que le tenían que dar.

Yo no puedo dejar cervezas en la refrigeradora porque él las coge pa llevárselas a los amigos.

¿Y si de pronto yo cayera enfelma y no pudiera trabajar más? ¡Perderíamos el apartamento!

Por si fuera poco, Primo y su madre fueron víctimas de un timo por \$2.400 ideado por una escuela de formación técnica que se aprovechaba de las falsas esperanzas de los desempleados. Una carta de la escuela le hizo creer a su madre que se había ganado un cupón válido por un 50% de descuento para un curso de capacitación en ingeniería de mantenimiento que costaba \$4.800. Pagó la prima de inmedia-

to y obligó a Primo a asistir a las clases. Rápidamente descubrirían que la oferta de mitad de precio dependía de que el cliente calificara para un préstamo federal que cubriera el monto reducido, y Primo, que no tenía ni la menor idea respecto a las responsabilidades que involucraba el préstamo, solicitó los \$2.400 y se inscribió en el curso con entusiasmo. Pronto empezaría a hacer alarde de los “ochentas y noventas” que obtenía en las pruebas semanales y a ilusionarse con la expectativa de encontrar trabajo estable como conserje. Añadía el clásico refrán rural puertorriqueño “si Dios quiere” cada vez que mencionaba la fecha de graduación del curso.

El sueño de Primo se estrelló estrepitosamente pocas semanas antes de su graduación cuando la escuela se declaró en bancarota. Su madre perdió la prima de \$2.400 y Primo quedó comprometido a saldar el préstamo que la escuela le había tramitado. Para rematar, en estos meses Primo peleaba su segundo juicio de año y medio de duración por la venta de dos ampollas de *crack* a un policía encubierto. Recuerdo el asombro que sentí el día que visité el juicio y observé al abogado público regañar a un Primo manso y cabizbajo en la escalera frente al tribunal: “¿Qué clase de imbécil eres? ¡Lo único que tienes que hacer es conseguir trabajo! ¡Cualquier trabajo estúpido! Para mostrarle al juez que eres una buena persona. ¿No entiendes lo que yo te digo, carajo?”

Desde luego, el problema era que en plena recesión, Primo era incapaz de encontrar “cualquier trabajo estúpido”. César, ahora su única fuente de empatía y comprensión, se solidarizó con él y lo intentó alentar con evocaciones del éxtasis de las drogas y de la explotación y manipulación que ambos habían experimentado en el mercado laboral legal.

La dimensión más convincente de esta celebración de la vida marginal era que redefinía el *crack* y el desempleo como fuentes de orgullo, aunque a largo plazo ambas vocaciones eran autodestructivas. Un martes en la noche, luego de un ajetreado turno en el Salón de Juegos, acompañé a Primo y a César a comprar una bolsa de veinte dólares de Sapo Verde, una nueva y reconocida marca de cocaína a la venta varias calles hacia el sur. Era su primera compra en este punto, por lo que César y yo decidimos esperar a la vuelta de la esquina mientras Primo hacía la transacción para no “petrolizar” a los vendedores.

En lo que Primo hacía la compra, entré en conversación con tres mexicanos indocumentados originarios de Piaxtla (una municipalidad rural en el estado de Puebla) que bebían cerveza en la entrada del *tenement* donde vivían, mirando con desdén a los compradores de Sapo Verde que pasaban por delante. Uno de ellos había inmigrado dos años atrás y ganaba \$500 semanales arreglando máquinas freidoras. Puse mi brazo alrededor de César y le pregunté al mexicano exitoso cómo

explicaba que le fuera “tan bien” en tanto que mi amigo César, un estadounidense anglófono e inteligente, no lograba hallar un puesto que pagara \$200 semanales. La respuesta fue llanamente racista:

Bueno, te lo voy a explicar con una sola palabra: porque los puertorriqueños son estúpidos. ¡Estúpidos! ¿Me entiendes? Son estúpidos, porque mira a este güey [señala a César]: él sabe hablar inglés. Y mírale el cuerpo. Con ese cuerpo debería tener un trabajo al menos tan bueno como el mío. Y la razón por la que no lo tiene es porque es bruto. Eso es todo.

Les gusta hacer dinero fácil. Les gusta andar como sanguijuelas, chupando todo lo que puedan a las demás personas. ¡Pero los mexicanos no somos así! ¡Para nada! Nos gusta trabajar para ganarnos el dinero que nos pagan. No somos ladrones. Vinimos aquí a trabajar y eso es todo.

Convencido de haber provocado un altercado, entré en pánico y me volteé para mirar a César. Este, sin embargo, sencillamente esperó a que Primo regresara y luego contestó en inglés con una réplica que transformó la humillación del mexicano en una reivindicación de la cultura callejera.

César: [en inglés] ¡Así es, panita! Los boricuas somos cucarachas, estamos viraos y vendemos drogas. No queremos formar parte de esta sociedad. “¡Combate al poder!”, como dice la canción.³

¿Pa qué nos vamos a poner a trabajar? Nosotros vinimos a este país y nos aprovechamos de las libertades porque a los puertorriqueños no nos gusta trabajar. Somos cacheteros del sistema, nos engordamos y nos chichamos a toas las jebas.

Okey, tal vez no todos los puertorriqueños sean así, porque todavía hay mucha gente de la vieja guardia que trabaja. Pero la nueva generación, ¡ni lo pienses!

Nosotros no respetamos na. La nueva generación no le tiene respeto a la porquería de las instituciones públicas. Queremos ganar dinero fácil y, eso es todo. Fácil, eh, fijate. No nos gustan los trabajos duros. Esa es la nueva generación.

La vieja gualdia era pa cuando éramos nenes y bregábamos como esclavos. Yo tuve toda clase de trabajos estúpidos... ordené chatarra, lavé ropa, repartí el correo en agencias de publicidad.

Pero ya no más, panín [pone el brazo alrededor de Primo].

Ahora es tiempo de la rebeldía. Preferimos no pagar impuestos, ganar chavos rápidos y fáciles y sobrevivir. Pero eso tampoco nos satisface, ¡ja!

3 “Combate al poder” (Fight the Power), una canción de rap del grupo afroamericano Enemigo Público (Public Enemy), llegó al primer lugar en popularidad en numerosas listas radiofónicas en 1990.

SUEÑOS DE CAMBIO

Pese a la firmeza que mostraba en público, César guardaba dudas respecto a su exclusión de la sociedad dominante. De vez en cuando compartía las fantasías de Primo de transformarse en un “pana normal, trabajador”. Su tolerancia de la explotación, sin embargo, era mucho menor que la de Primo; era mucho más sensible al desprecio personal en el trabajo y era aún más incapaz que Primo de interactuar eficazmente con la cultura de oficina. De todos modos, él también se dejaba ilusionar con “bregar legal” cuando quiera que se le presentaban oportunidades en contextos no plenamente antagónicos a las normas de la cultura callejera. Por ejemplo, cuando Ray arrendó una bodega en su primer intento concertado de lavar las ganancias que percibía del *crack*, César se abalanzó sobre la posibilidad de asistirle. Ray había contratado a Primo para que limpiara y renovara el local y este último subcontrató a César como ayudante. Era una oportunidad perfecta para atenuar la transición de estos “joseadores” al empleo legal estable: no solo mantendrían el mismo jefe, sino que además permanecerían en el mismo sector de El Barrio. La bodega se ubicaba a media cuadra de la casa de *crack* que Ray camuflaba como club social al costado del correo de Hell Gate. En otras palabras, lo único que Primo y César tendrían que hacer sería intercambiar el *crack* que les solían suministrar a los vecinos por manteca, cigarrillos, papas tostadas, cerveza, helados y emparedados.

Por razones similares, a Ray también lo ilusionaba el intento de abrir un negocio “limpio”. En la etapa inicial demostró ser un empresario astuto y logró negociar un precio reducido por el arrendamiento de la tienda delantera con el dueño anterior, quien debió huir del vecindario cuando los boliteros que usaban el local como banco le prendieron fuego tras una disputa por la repartición de las ganancias. Las primeras tareas de Primo consistieron en matar las ratas, botar a la basura la mercadería incendiada y anegada y por último repintar el local. César era singularmente eficaz a la hora de fulminar los gigantescos roedores que se habían propagado exponencialmente en el almacén, como solo las ratas saben reproducirse en una tienda neoyorquina abandonada por un mes y medio después de un incendio. Se deleitaba aniquilándolos con patadas, escobazos y ladrillazos certeros.



“Una bodega local”. Fotografía de Philippe Bourgois.

Independientemente de la mugre y de la cantidad y el tamaño de las ratas dignas de un filme de Alfred Hitchcock que infestaban su nuevo espacio de trabajo, Primo y César seguían entusiasmados por la posibilidad de “bregar limpio” bajo el auspicio de Ray. A lo largo de estos meses, solían visitarme a la salida del trabajo con la ropa hedionda y los zapatos empapados y apestosos, forrados con una capa de veneno para ratas y una costra de verduras y frutas podridas. Alrededor de varios *speedball* y botellas de cerveza, se dejaban fantasear sobre la seguridad que gozarían cuando trabajaran legalmente en la bodega de Ray.

César: Yo todavía no le he dicho nada a Abuela. No le voy a decir a nadie hasta que llegue a casa con un sueldo semanal.

[Choca el puño contra la palma de la mano y se agacha para inhalar de la llave con heroína que Primo acaba de preparar].

No me quiero salar, pero yo creo que esto es lo único que me va a funcionar. Voy a dejar las drogas fuertes. [Inhala heroína una vez más y sonrío]. Bueno, excepto el perico y la manteca, tal vez.

Y mi carrera aquí va a mejorar, porque mientras más chavos gane la tienda, más chavos voy a ganar yo, porque yo soy el encargado de los sándwiches. Eso quiere decir que seguramente vaya a tener que trabajal dos turnos.

Esto es bueno pa nosotros; esto es bueno pa Primo; ya estamos cerca. Hasta aquí llegó el reloj [señala la sala de mi casa con un movimiento circular del dedo].

Esa noche, Primo y César habían ingerido cápsulas moradas de mezcalina sintética. Si es cierto, como afirman los psicoterapeutas, que las drogas alucinógenas desatan las ansiedades, fantasías y obsesiones inconscientes de quienes las consumen, la perorata de César muestra lo profundamente ilusionado que estaba con la posibilidad de desempeñarse en un empleo legal:

Yo soy el jefe del departamento de los sánguiches, de la limpieza y de los fuetazos a los clientes. Y jefe del departamento [agrandando los ojos con malicia] de estafas y malversación.

¡Ajá, ajá! También soy el bichote, el que pone orden. Si yo atrapo a un ladrón, cuando venga la jara no lo van a tener que esposar. Van a tener que sacarlo en camilla, porque Primo y yo lo vamos a encamillar. [Toma mi grabadora y habla directo al micrófono como si se le hubiera ocurrido una idea brillante]. Vamos a convertirlo en un club de informantes, pa Felipe ¡Un club!

César hizo a un lado la grabadora y empezó a actuar como si fuera un cajero, gritando órdenes, imitando los sonidos de una caja registradora y repartiendo con fluidez emparedados imaginarios.

César: ¡Ey, el de los sánguiches! ¡Ten! ¡Toma el tuyo! ¡Ring! ¡Chinchín! ¡Siguiente!

[Se recuesta en el sofá de mi sala con los ojos dilatados]. Uf, mira qué raro... Ven, Primo, mira esto [eleva las manos admirando los trances visuales de la mezcalina]. Olas azul, marino.

[Gira y señala hacia el techo en dirección contraria]. ¡Estas son moradas! [Abruptamente se voltea de nuevo y me mira a los ojos como si yo fuera un cliente]. ¿Tienes chavos? [Alza los brazos como He-Man]. ¡Yo trabajo! [Alza las manos otra vez para apreciar los colores; luego vuelve a actuar como cajero y cliente]. Quiero celeste. ¡Sánguiche! Ey, el de los sánguiches, ¿cómo te va?

[Se recuesta otra vez, sonriendo]. ¡Mira pana! ¡Vamos a abrir un deli! [Se estira y abraza a Primo].

El sueño eufórico y legal de César nunca se materializó. Ray fue incapaz de negociar el complicado papeleo de inspección sanitaria y de derogación de tributos morosos y no logró abrir el negocio conforme a la ley por un solo día. Inauguró el local y lo mantuvo abierto sin autorización oficial cerca de diez días, lo suficiente como para percatarse de que no había una cantidad adecuada de demanda para sus productos. La gota que derramó el vaso fue que el hombre encargado del inventario lo estafó y huyó a Puerto Rico. Ray, dándose por vencido, devolvió a Primo y a César a sus turnos de lunes y martes en el Salón de Juegos.

El contraste entre los reiterados fracasos de Ray en el establecimiento de una empresa legítima (el deli, el club y la lavandería automática) y su notable éxito como cabecilla de una compleja franquicia de casas de *crack* corrobora que existe una enorme divergencia entre el capital cultural necesario para operar como empresario privado en la economía formal y el que requiere la economía clandestina. Como señalé en el capítulo anterior, la desenvoltura de Ray en la cultura callejera le permitía ser un jefe eficaz en la economía del *crack*. Era hábil disciplinando a los empleados y calibrando las necesidades de los clientes. Efectuaba un balance delicado entre el uso de violencia, coacción y amistad que le permitía ganar ingresos consistentes y le aseguraba el respeto de la calle. En cambio, en la economía convencional, estas mismas habilidades lo hacían parecer un jíbaro analfabeta y tosco en los ojos de los inspectores y demás agentes subalternos que adjudican los permisos, realizan inventarios y supervisan el otorgamiento de licencias en Nueva York.

De modo similar, cuando Primo intentó establecer su propia empresa y pegó volantes en las paradas de autobuses para anunciar sus “Servicios Mr. Fix it” (arregla todo), de reparación de electrodomésticos, él también fracasó miserablemente, a pesar de las destrezas empresariales que demostraba poseer como gerente del Salón de Juegos. Los pocos clientes que lograban ponerse en contacto con él por medio del teléfono de su novia, María, se mostraban reacios a contratarlo al tomar nota de su dirección. Luego solían rechazar la oferta de Primo de prestar servicio a domicilio. Aquéllos que no colgaban el teléfono sospechaban de su método precapitalista de fijar los precios. Primo, que ya se sentía inseguro de su intento de “bregar legal”, vio cómo la empresa se convertía en un foro de humillación racista.

Primo: Oyen mi voz y se detienen, tú sabes... Hay un silencio del otro lado de la línea.

Todos me preguntan que de qué raza soy. Me dicen: ¿De dónde tú eres, con ese nombre? Porque escuchan el acento puertorriqueño. Y yo les digo que yo soy nuyorican. Me enfogona que me pregunten eso.

Yo les digo que me paguen lo que les parezca bien después de reparar el aparato. Pero ni siquiera quieren que yo vaya a la casa de ellos.

Eso me da coraje, Felipe.

Las pocas veces que lograba encontrarse cara a cara con sus clientes, Primo enfrentaba más obstáculos estereotipados. Cuando hice gestiones en una fundación a la que estaba afiliado para que Primo reparara tres dictáfonos y una caja de televisión por cable, recibí un correo electrónico que me aconsejaba no volver a invitar a Primo a las

instalaciones para que los usuarios “no vayan a pensar que estamos convirtiendo el edificio en un taller de reparación electrónica”.

No todos los fracasos empresariales de Primo fueron impuestos por clientes desconfiados o racistas. Parte de su incapacidad para administrar un negocio legal y lucrativo surgía de sus propias definiciones jibaras del decoro y de la obligación recíproca hacia amigos y parientes. Por ejemplo, cuando mi madre le pidió que revisara un equipo de sonido descompuesto, Primo misteriosamente faltó a varias citas en su apartamento. Yo le insistí que fuera y por fin una noche me acompañó a su casa. Semanas después me admitió que le había parecido inapropiado visitar sin compañía el hogar de una mujer desconocida. A lo último, reparó el equipo y lo dejó en perfectas condiciones, pero no sabía cuánto cobrar porque la cliente era mi madre, quien además nos preparó la cena mientras él arreglaba el aparato.

EN BUSCA DEL SUEÑO INMIGRANTE

La sociedad convencional dispone de un sinnúmero de estereotipos racistas para desestimar a Primo, César e incluso Ray como perdedores patéticos o drogadictos holgazanes, enfermos y autodestructivos. Los ejemplos que he ofrecido hasta ahora, informados por la teoría de la producción cultural, hacen hincapié sobre el abismo que separa a los diversos estilos de comunicación y la manera en que el poder se distribuye en torno a indicadores simbólicos específicos. Un análisis más atento a la economía política, por otra parte, nos invitaría a considerar de qué manera el fracaso de estos jóvenes es producto de las circunstancias en que se encuentran, que los conducen al sector más precario de la economía estadounidense prácticamente desde su nacimiento. Quise poner a prueba este argumento solicitándoles a los personajes de este libro que me hablaran a fondo acerca de su primer trabajo “verdadero”. Sus relatos me demostraron que, en la temprana adolescencia, todos compartieron la ilusión clásica de las poblaciones inmigrantes de clase trabajadora de encontrar puestos industriales arduos y masculinos para trabajar tenazmente por un sueldo fijo. Un escenario común surgió de las decenas de relatos que grabé: con el permiso de su madre, cada uno de estos jóvenes abandonó la escuela secundaria o incluso la escuela media para solicitar trabajo en fábricas locales. En un plazo de uno a dos años a partir de su contratación, las plantas en las que trabajaban fueron clausuradas, a medida que los empresarios comenzaban a marcharse en busca de mano de obra más barata. Entonces empezaron a migrar de un trabajo mal pagado a otro, carentes de la educación y las aptitudes que les habrían permitido escapar del enclave industrial que atrapó por completo a su círculo de amigos y parientes.

Nuevamente, los casos de Primo y César ilustran claramente estas dinámicas. La motivación y la energía de Primo en busca del sueño de su madre eran tales que abandonó la escuela media en la temprana adolescencia para buscar trabajo a través de las conexiones familiares.

Faltaba a la escuela y me iba pa la factoría a prensar vestidos o cualquier cosa que estuvieran haciendo con la plancha de vapor. Era ropa de baratija. Yo era un nene nada más y entre las planchas hacía un calor del demonio, pero qué mucho me gustaba ese trabajo. Fue el mejor trabajo que yo tuve. Ojalá me hubiera durado, pero la compañía se fue de El Barrio.

La primera persona que empezó a trabajar allí fue la hermana de mi mai, y después el hijo de ella, el hermano de Luis —el que está en la cárcel—. A él lo contrataron primero porque la mai de él le dio permiso: “Si tú no quieres ir a la escuela, tienes que ponerte a trabajar”.

Él era un chamaquito... tenía como dieciséis o quince años, y yo era más nene todavía. Así que yo empecé a janguear con él. Solo a janguear, tú sabes, pero luego en la factoría, a veces él necesitaba ayuda con algún trabajo que lo tenía ajorado y pues, yo le ayudaba. Y el *boss* de él me daba algo al final de la semana. Yo no tenía planeado bregar en la factoría; se suponía que yo terminara la escuela; pero sencillamente sucedió.

Yo quería ganar chavos y además detestaba la escuela. Yo prefería trabajar.

Como era de esperar, Primo trabajaba para un subcontratista textil, uno de los nichos más vulnerables del sector manufacturero.

Primo: La jefa era latina; no sé si ella era la dueña. Ella era la encargada de toda la factoría.

El esposo de ella era tecato, pero él estaba encargado de recoger los chavos de toda la planilla. Ibamos al centro a que nos pagaran; eran unos panas blancos los que tenían todo el dinero.

Primo y su primo hermano asumieron la paradójica tarea de mudar sus empleos lejos de la *inner city*. Con ello, se convirtieron en dos de los 445,900 trabajadores industriales neoyorquinos que perdieron sus puestos entre 1963 y 1983, años en que las plazas manufactureras se disminuyeron a la mitad (Romo & Schwartz, 1993). Naturalmente, en vez de considerarse víctima de la transformación estructural, Primo recuerda con placer y orgullo el ingreso adicional que recibió por limpiar la fábrica y trasladar las máquinas:

Primo: Esos tipos nadaban en dinero, pana. Les ayudamos con la mudanza cuando se fueron de El Barrio.

Nos tomó dos días, a mí y a mi primo. ¡Anda pal carajo! Qué mucho trabajo que tuvimos que hacer. Nos dieron setenta pesos a cada uno, y en ese tiempo eso era un montón de chavos. Además, en ese tiempo éramos unos nenes y no sabíamos na.

No fue casualidad que César interrumpiera este relato con un recuerdo propio casi idéntico. Al igual que Primo, César había conseguido su primer trabajo por medio de las conexiones familiares, pero en vez de la industria textil, César acabó en la metalurgia, otro de los nichos menos apetecidos y más inestables del sector industrial de Nueva York.

César: Yo también trabajé en una factoría. Fue mi primer trabajo. El tío mío me consiguió el trabajo cuando dejé de ir a la escuela. Mi mai me dijo que si no me ponía a trabajar me iba a meter a la escuela otra vez.

En ese tiempo el trabajo me gustaba, pero perdí mucho peso porque hacía un calor cabrón allí dentro. El jefe nos tenía que dar unas pastillas de sal y todo.

Lo que hacíamos era chapar metales y pintar joyas de fantasía. Pero esa compañía también se fue de Él Barrio.

El tío de César profesaba la misma ideología de clase trabajadora que la tía de Primo y contraponía la dignidad del trabajo duro a la aparente inutilidad de la educación. Estas son memorias juveniles que remiten a una adolescencia de clase trabajadora. Carecen aún del nihilismo lumpen desesperanzado del veterano vendedor de *crack*. Las condiciones objetivas de las vidas de ambos jóvenes, sin embargo, les impidieron mantenerse estables en la fuerza laboral industrial. En el caso de César, los límites del trabajo de fábrica se hicieron evidentes en la experiencia postrera de su tío, el modelo a seguir entre los hombres jóvenes de la familia.

César: Ese era el oficio de mi tío, recuperar y chapar metales.

El bregó en la misma factoría casi cuarenticinco años. En un solo trabajo por cuarenticinco años. ¿Tú te imaginas? Cuarenticinco años y apenas llegó a ser capataz.

Un día se tropezó, cayó en el ácido y eso lo jodió. El ácido donde hundan el metal. Sí, yo estaba allí. Estuvo bien cabrón. Yo vi cuando él se resbaló. No pudo trabajar por más de ocho meses, pana. Se quemó el tejido de la piel. Yo lo vi todo colorao con los músculos expuestos. Bien jevi.

Ni siquiera pudo demandar a los dueños de la factoría. Fue culpa de su propia negligencia, porque él fue el que se resbaló. Figúrate, trabajaba en una cadena de ensamblaje y le tocaba limpiar los tanques, unos tanques grandísimos donde echaban los cantos de metal. Pero que un día iba caminando encima de los tanques y se resbaló. Cuando cayó en el estanque, él se salió bien rápido, en cuestión de segundos, pero la ropa se le deshizo todita, SSSS, SSSS. Se achicharró, pana. Gritaba como desquiciado.

Después de eso él peldió mucho peso. Se puso bien flaco. Antes de eso él era puro músculo.

Es significativo que la vida laboral del tío de César haya tenido como desenlace la esterilidad y la impotencia sexual, temas que los perso-

najes de este libro solían evocar al discutir su débil posición en el mercado laboral legal.

César: Ese es mi tío, Joe. Todavía está to jodió. Tiene las piernas como... como si hubiera sobrevivido un incendio, con la piel toda quemada.

Él ya no puede tener nenes, pana. Solo perros. Porque se quemó el miembro y eso, tú sabes.

Ahora vive en Cincinnati, porque la compañía ésa se fue de Nueva York y el jefe le consiguió otro puesto como capataz en una factoría que hace accesorios para baños.

[Reacciona alerta al ver a una patrulla desacelerar frente al Salón de Juegos y le hace un gesto a Primo para que esconda el bolso con las ampollas de *crack*]. ¡Oe oe oe oe! ¡Quieto quieto quieto!

En retrospectiva, la decisión de César de abandonar la escuela con el permiso de su madre para encontrar empleo en un nicho sin salida del sector manufacturero parece un acto trágico y autodestructivo. Sin embargo, en el momento en que tomaba estas decisiones, César se sentía como un rey en su universo de clase trabajadora conformado por hijos de inmigrantes. Para un adolescente de bajos recursos, renunciar a la escuela y transformarse en obrero marginal era un cambio atractivo. Willie, el único miembro de la red de Ray en graduarse de la escuela secundaria, me describió la imagen de poder y masculinidad que César irradiaba a sus quince años en su condición de obrero industrial:

Willie: Cuando yo tenía catorce y César como quince, el canto de cabrón se salió de la escuela y trabajó todo el año con el tío de él, que era cromador de metales.

César ya estaba haciendo chavos y mientras tanto yo de morón en la escuela. Yo le tenía tantos celos. Tantos celos.

César siempre trabajó. Cuando yo estaba en octavo y noveno... no, más bien en décimo, onceavo, doceavo, él bregaba en esa factoría. Siempre andaba acicalao porque tenía mucho dinero, tenía jebas y eso.

Después de la escuela, yo llegaba a la casa y me ponía a pensar: "Sí, César tiene jebas porque dejó la escuela y tiene chavos".

Él era bien chévere. No le tenía miedo a nada, tú sabes. Eso fue antes de que te conociéramos, Felipe.

César fue el primero que empezó a andar con ropa *cool*. Primo: ¿tú te acuerdas de Ce en ese tiempo?

Siempre andaba con una radio grande. Y en privado él me ayudaba con las conexiones, porque después de clase yo siempre me iba a janguear con él. Él y yo éramos tan panitas... tan panitas que yo estrenaba abrigo todos los años. César se ponía una chaqueta de cuero color vino y un Kangol color vino. Y teníamos unas coronas, esas coronas de oro que uno le pega a la chaqueta, ves; como esos pinesitos que uno le pega a la camisa.

Y éramos los cheches del corillo. Fue el mejor tiempo de mi vida.

DESILUSIÓN EN EL SECTOR SERVICIOS

Durante la adolescencia, César, Primo y Willie estuvieron atrapados en un túnel del tiempo. Desde entonces, el sueño proletario masculino de trabajar ocho horas diarias en un taller sindicalizado para toda la vida, ideal que todos persiguieron en la juventud, se ha visto suplantado por la pesadilla del trabajo de oficina mal remunerado y altamente feminizado. El ingreso estable del empleo industrial, que quizá les hubiera permitido mantener una familia, esencialmente ha desaparecido de la *inner city*. Acaso si su círculo de amigos y parientes no hubiera permanecido enclaustrado en el rincón más inseguro del sector fabril, su sueño adolescente de clase trabajadora los hubiera mantenido a flote por suficiente tiempo como para lograrse adaptar a la metamorfosis económica. En cambio, las circunstancias históricas los han impulsado a un explosivo enfrentamiento entre su sentido de dignidad cultural y la humillante subordinación que experimentan en los trabajos del sector servicios.

En décadas anteriores, cuando el empleo básico consistía principalmente de trabajo en fábricas, el choque entre la cultura callejera de oposición y la cultura tradicional trabajadora no era tan marcado, sobre todo cuando las industrias contaban con sindicatos. No deseo idealizar el trabajo industrial, que suele ser tedioso y agobiante y acostumbra estar plagado de peligros y jerarquías antagónicas. Sin embargo, en el plantel de producción, rodeados de operarios veteranos, los desertores escolares instruidos en los duros estilos de la calle suelen funcionar con eficacia, ya que ser rudo y macho tiene un alto valor cultural y cierto grado de antagonismo contra el capataz y el “mandamás” se considera masculino y necesario.

Por el contrario, una identidad callejera antagónica es desastrosa en el sector servicios, sobre todo para los auxiliares del sector FIRE, nueva fuente de la mayor parte de los empleos básicos potencialmente estables. La cultura callejera entra en total contradicción con las formas dóciles y humildes de interacción servil esenciales para prosperar en los trabajos de oficina. Los encargados de las fotocopias y de la correspondencia simple y sencillamente son incapaces de conservar su autonomía cultural en el trabajo. Por un lado, no cuentan con sindicatos, y por el otro, tienen pocos colegas del mismo rango que puedan servir de apoyo y resguardo y que cuenten con una noción cultural de solidaridad de clase. En cambio, los obreros subalternos se ven asediados por jefes y supervisores de una cultura ajena y hostil, empleados de mayor rango que, cuando no se sienten intimidados por ellos, los ridiculizan, juzgándolos lentos e ignorantes cuando intentan imitar el habla del poder, pero tropiezan patéticamente al pronunciar palabras técnicas desconocidas. Los empleados como Primo y César no consiguen descifrar

los garabatos llenos de abreviaciones misteriosas con que sus jefes les escriben instrucciones en diminutas notas adhesivas. El “sentido común” del trabajo administrativo les parece extraño; no comprenden, por ejemplo, la lógica de posfechar facturas o archivar tres copias de un comunicado. Sus intentos de improvisar o de mostrar iniciativa fracasan miserablemente, y más bien los hacen parecer incompetentes o aun hostiles por no “seguir las claras instrucciones” del supervisor.

La capacidad de comunicación y sociabilidad de estos trabajadores suele ser aún más inadecuada que sus aptitudes profesionales. Ignoran cómo mirar a los compañeros, por no mencionar a los supervisores, sin transmitir un aire de amenaza. No pueden caminar por el pasillo hacia la fuente de agua sin mecer los brazos agresivamente como si estuvieran patrullando el territorio. Las barreras sexuales son otro terreno todavía más tenso y cargado de complejas acepciones culturales. Reiteradamente les llaman la atención por ofender a las compañeras con comportamientos que ellas interpretan como agresión sexual.

El choque cultural que ocurre en el sector servicios entre el poder “yuppie” y la “babilla” de quienes se crían en la *inner city* es mucho más que un encuentro superficial de estilos disímiles. Un obrero incapaz de obedecer los protocolos de comportamiento de la cultura de oficina jamás conseguirá triunfar en esta esfera económica. Los desertores escolares rápidamente se percatan de ello y se dan cuenta de que en los ojos de sus superiores parecen bufones ineptos. Este libro, como sugiere el título, propone que jóvenes como Primo y César no aceptan pasivamente estas circunstancias, sino que recurren a la economía ilegal y la cultura callejera como respuesta a la marginación. Ello, a la postre, los destruye a sí mismos y a la comunidad que los ampara.

LA HUMILLACIÓN EN LA OFICINA

Primo y César experimentaron agudas humillaciones en el intento de penetrar el mundo hostil y extraño de los corredores financieros. Primo tiene amargos recuerdos de su breve lapso como mensajero en la sede de una revista especializada, desaparecida pocos meses después de su renuncia. En los años en que lo conocí, esta fue la única vez que Primo manifestó haberse sentido objeto de racismo. La pobreza de la comunicación intercultural en su oficina se manifiesta en el hecho de que Primo ignoraba el nombre y la etnia de su supervisora, así como probablemente ella tampoco supiera pronunciar o deletrear el nombre de Primo ni del país latinoamericano del que inmigró su madre.

Primo: Mi jefa era una prejuiciosa. Se llamaba Gloria y era una imbécil. Era blanca. El apellido de ella era Christian; o no, no Christian, Kirschman. No estoy seguro de que ella fuera judía o no.

Ella le hablaba mal de mí a cualquier persona que visitara la oficina, tú sabes, como los socios que venían pa coger un *break*.

Les decía: “Él es analfabeta”, como si yo fuera tan morón que no iba a entender lo que les estaba diciendo.

Entonces lo que yo hice un día —porque ellos tenían un diccionario grandísimo allí en el escritorio, ves, un librote bien pesado— entonces lo que yo hice fue que abrí el diccionario y busqué la palabra “analfabeta”. Y entonces me di cuenta de lo que ella estaba diciendo de mí.

Ella les estaba diciendo que yo era estúpido, o algo por el estilo. ¡Que yo soy estúpido! [Se señala con ambos pulgares y hace un gesto de asco]. “El no entiende nada”.

Lo más humillante para Primo no fue que lo llamaran analfabeta, sino tener que buscar la palabra en el diccionario. La economía clandestina nunca desafiaría de este modo su sentido de mérito personal.

Primo: “Ray nunca me humillaría de esa manera. Él no me diría eso porque él también es analfabeta, y además yo tengo más educación que él. Yo una vez casi saco el GED”.⁴

Peor aún, Primo se esforzaba por demostrar iniciativa en la compañía de Gloria Kirschman, pero mientras mayor era su esfuerzo, mayor su sentido de impotencia al topar con el fracaso. Como él mismo comentaba: “Cuando te empiezan a conocer, las cosas van de mal en peor”.

Primo: Tú sabes, uno trata de hacer el bien pero igual lo tratan a uno como si fuera un mamao.

Uno está chévere al principio, pero cuando te conocen, en seguida te empiezan a denigrar.

Cuando yo llegaba a un trabajo nuevo, al principio yo me mataba y todo, pero en cuestión de varias semanas yo ya odiaba a mi supervisor.

Varias veces me insultaron porque no cumplí las órdenes. Mi supervisora me decía que hiciera las cosas de una manera y yo pensaba que era mejor hacerlas de otra. Me regañó bien cabrón un par de veces. Canto de cabrona que era.

Simple y sencillamente, Primo estaba obligado a reconocer que carecía del capital simbólico y cultural adecuados para el trabajo de oficina, recursos que le habrían permitido dejar las fotocopias y el cuarto del correo por un puesto de mayor importancia. Estaba acorralado por supervisores de una cultura extraña y poderosa:

Primo: Yo me tenía que comportar. Hasta en la hora del almuerzo, cuando se suponía que descansáramos, hasta en ese rato teníamos a los supervisores encima.

4 El GED es un certificado disponible en los Estados Unidos para personas que no han completado la escuela secundaria y desean obtener un diploma equivalente. Por medio de un examen la persona debe demostrar que posee el nivel educativo correspondiente (nota del traductor).

Primo no podía, ni quería, traicionar su identidad callejera imitando las formas de interacción profesional para ganarse el respeto de su jefe. Precisamente, circunstancias como esta son las que permiten advertir la institucionalización del racismo en el sector servicios, corroborando que el capital cultural de la clase media es requisito implícito del trabajo de oficina. La jefa de Primo le prohibió atender el teléfono porque, en términos objetivos, un acento coloquial puertorriqueño desalienta a los clientes y ocasiona pérdidas económicas. Irónicamente, la disputa por el tema del teléfono ocurrió cuando Primo quiso demostrar su buena fe e iniciativa, atendiendo a las llamadas telefónicas cuando los supervisores estaban ocupados o ausentes.

Primo: No me hubiera importado que me dijera analfabeta.

Lo que me enfogonaba más era que me fastidiara cuando yo contestaba el teléfono, aunque no estuviera mi supervisora, que era la recepcionista, y el teléfono había sonado mucho rato.

Las veces que mi jefa llamaba y yo atendía, parecía que le iba a dar un infarto: “¿Dónde está René?”, me decía; René Silverman, la recepcionista, mi supervisora.

Y yo le decía: “Anda almorzando”, o lo que sea.

Y ella: “¿Y Fran?”

Y yo: “Sí, ella sí está”.

Pero lo que pasa es que a Fran no le tocaba atender el teléfono. Ella era la encargada de pagar las cuentas y siempre estaba ocupada trabajando. Entonces yo decía: “Seguro anda almorzando también”.

Esa jefa mía era una imbécil, porque yo contestaba el teléfono bien. Hay tantas clases de personas en Nueva Yol con acentos raros. Trabajan en bienes raíces; trabajan en cualquier cosa. Sencillamente tienen su acento. Pero esa jefa tenía un problema con el acento puertorriqueño.

No sé qué tenía metido en el culo. Canto de imbécil ésa.

Okey, tal vez yo no tenga educación pa escribir a máquina, así que no voy a tocar la computadora. Pero que no me humille por coger el teléfono en vez de dejarlo sonar pa siempre. ¡Tal vez sea una emergencia! ¡Imbécil!

Yo lo atendía muy bien, pana. Pero después de eso, después de que me humilló, cada vez que yo cogía el teléfono yo ponía un acento bieeeeeen puertorriqueño. Que se joda.

LA HUMILLACIÓN ENTRE LOS SEXOS

El impacto de estas experiencias denigrantes en la memoria de los personajes de este libro muestra la intensa sensibilidad a la humillación que caracteriza a la cultura callejera contemporánea. El machismo generalizado acentúa la sensación de agravio padecida por los hombres, ya que la mayoría de los supervisores en las oficinas son mujeres. De ahí las constantes referencias a las jefes y supervisora como “canto de putas” y las frecuentes valoraciones despectivas de sus cuerpos.

En el Salón de Juegos, en la sala de mi casa y en la calle, César solía interrumpir las historias de Primo con relatos propios de experiencias indignantes. Por ejemplo, mientras Primo contaba la historia del teléfono, César se interpuso con una larga y confusa denuncia contra el modo en que el mercado laboral legal lo obligó a subordinarse en público ante una mujer, todo un tabú en la cultura callejera.

César: Yo tuve dos trabajos donde les tenía que soportar todo a las jefas, con lo feas y goldas que eran. Tenía que lambar ojo como un desgraciado. Lo peor pa mí fue en Sudler & Hennesey, la agencia de publicidad de las compañías farmacéuticas. No me gustaba, pero yo seguía trabajando allí porque, pues, ni modo, uno tiene que mantener la relación. Entonces te tienes que quedar callao.

¡Anda pal carajo! Yo detestaba a esa supervisora, Peggy Macnamara, canto de puta que era. Era una irlandesa. Tremenda mami, pana, pero mala. Una imbécil.

¡Las cosas que me ponía a hacer! Ese trabajo era bien cabrón. Una vez me hizo ir hasta la última sínsora en Staten Island pa recoger dos pinturas. Y cosas parecidas. Esa jeba me tenía un odio, un odio, que yo no me lo explico.

A ella le encantaba despedir a los empleados, pana. Se le veía en la cara. Hizo llorar a un tipo, un italiano; lo puso a rogar por el puesto y todo. Después le devolvió el trabajo y le puso un chorro de condiciones. Todo lo hizo así, [chasquea los dedos y mueve la cabeza hacia los lados con una mueca de asco] como si nada.

Y después la oí burlándose, tú sabes, riéndose del tipo con los otros supervisores.

En última instancia, los agravios que sufren los hombres tienen su fundamento en las desigualdades económicas y las jerarquías de poder. Es común que los vendedores de *crack* expresen su malestar y exterioricen su sentido de impotencia en un lenguaje racista y machista. Por ejemplo, aunque César, como Primo, era incapaz de efectuar una lectura acertada de los marcadores étnicos de sus supervisores blancos, las características económicas y étnicas de su nicho en la jerarquía laboral le eran transparentes:

César: Duré como ocho meses como encargado de la correspondencia. Confiaban en mí. Me mandaban pal banco a recoger los cheques de la planilla, y luego era yo el que repartía el salario de los ejecutivos.

Había una tipa que se llamaba Inga... Hoffman... o no, Hawthorne, porque era judía. Pues a esa jeba le pagaban bien, pana. Yo ponía el cheque de ella a contraluz pa fijarme y averiguaba cuánto ganaba.

¡Esa jeba ganaba como cinco mil pesos semanales! Yo espiaba el cheque y veía que decía [entrecierra los ojos espiando un cheque imaginario] cinco mil trescientos cuarentitres dólares con nosecuántos centavos.

Yo decía: “¡Anda pal carajo!” Sí, Hoffman, a esa jeba le iba bien.

Yo era el peor pagado de todos. Por eso me fui. Yo era la escoria puertorriqueña de la tierra.

En los bajos fondos del sector financiero neoyorquino, decenas de miles de fotocopiadores, mensajeros y guardas de seguridad, empleados por empresas del Fortune 500, obedecen las bruscas órdenes de jóvenes ejecutivos blancos, frecuentemente mujeres, cuyos sueldos quincenales llegan a superar los ingresos anuales de los primeros. La riqueza descomunal del distrito financiero de Manhattan agrava la sensación de ultraje racista y sexista que suscitan los trabajos de salario mínimo.

LAS GUERRAS INTERNAS

La extraordinaria rentabilidad de las empresas financieras les permite a los gerentes otorgar bonos arbitrarios a todos los miembros de la fuerza laboral, incluso a los del fondo de la jerarquía. Dicha práctica aplaca cualquier espíritu de resistencia o solidaridad que se desarrolle tras las fotocopiadoras o en el cuarto del correo, ya que incita a los trabajadores de menor rango a emprender su energía contra sí mismos y a competir celosamente por una porción de la piñata de propinas y regalías.

César: Mi supervisor era bien maceta, pana. Siempre quería que yo le dijera cuánto me habían pagado, porque en los feriados a uno le dan bonos, ves, como el aguinaldo, y los bonos suben cada año. Mi bono era de trescientos pesos.

Primo: [con la boca abierta] Qué muchos chavos te daban a ti. A mí nunca me dieron más de veinticinco, cincuenta pesos.

César: Entonces cuando mi supervisor se dio cuenta de cuánto yo ganaba, él cogió el teléfono y llamó a quejarse:

“Eh, aló, sí, eh, cómo es posible” [hace una imitación pobre de la voz telefónica de un oficinista], así es como hablaban allí:

“¿Cómo es posible que el encargado de la correspondencia que lleva ocho meses aquí tenga un bono de trescientos dólares, y yo que tengo nueve años solo gano cuatrocientos? Debe ser un error”.

Lo que quería decir era que él merecía ganar más y yo debía ganar menos, ves. No sé por qué le dije cuánto me pagaban.

Se encabronó. Canto de imbécil. No sé si le habrán pagado más, pero después de un tiempo me empezó a dar lata por todo. Me hizo la vida imposible.

En las industrias menos establecidas del sector FIRE, las disputas entre un supervisor y un empleado de menor nivel acaban en el despido. Tal fue la experiencia de Primo en la industria de publicaciones, un sector sumamente vulnerable por su alto grado de especialización. A pesar de que aprendió a usar la computadora, Primo

carecía del capital cultural necesario para competir eficazmente en el contexto de oficina. Ciertamente, en el momento en que ocurrió una fluctuación en la demanda de informes anuales, o quizá un acuerdo de fusión y adquisición, fue el primer empleado despedido. Una vez más, su reacción ante el despido se fijó en una obsesión misógina: la humillación infligida por una mujer más poderosa que él. Al contarme la historia, puntuaba las oraciones con la frase “canto de puta” y hacía referencias al cuerpo de su némesis, descripciones que remató con la clásica fantasía de perseguir a la supervisora al salir del trabajo para dominarla físicamente en el hogar, el entorno patriarcal por antonomasia. Las inhalaciones de un paquete de cocaína parecían dar rienda suelta a la ira y frustración que le provocaban los amargos recuerdos.

Primo: Mi problema era la supervisora. Era una canto de puta obsesionada con asegurarse de que yo siempre estuviera trabajando, hasta cuando no había nada que hacer y ella no tenía necesidad de fastidiarme.

Yo era responsable. Lo peor que hice fue que me quedé dormido, porque me cambiaron al turno de la noche. Por eso fue que me despidieron [inhala cocaína].

A esa jeba yo le tengo odio. Era una vaca gorda esa mujer, y la habían contratao después de mí. Apenas tenía unos meses allí también la imbécil cuando hizo que me despidieran.

Yo era el encargado de las telecomunicaciones [entusiasta].

Yo mandaba archivos a Boston con una de esas computadoras Kaypro [señala a la distancia con gesto hacendoso]. Yo estaba encargado de todas esas cosas, la computadora, limpiar las máquinas, hasta reencender el sistema cuando se congelaba. ¡Todo eso! Ah, y también tenía mi propia carpeta.

Pero me quedaba dormido, pana; a veces me quedaba dormido en la silla con una terminal prendida delante mío.

Y cuando me despertaba, alguien estaba haciendo el trabajo por mí, y yo me espabilaba bien rápido y los mandaba de vuelta: “No, no, tranquilo, está bien; está bien, ¡puñeta! Podría quedarme sin trabajo. Tengo que hacer mi trabajo” [inhala cocaína de nuevo].

Pero la supervisora de la noche, la gorda cueruda ésa, ya había empezado a hablar mal de mí.

Yo encontraba las cartas que escribía sobre mí en la terminal. Porque yo sé que cuando uno tiene una carpeta en la terminal, en el sistema, uno tiene una contraseña. Así que yo adivinaba la contraseña.

Yo decía pa entre mí: [cierra los ojos, concentrado]. “Seguro puso el apellido, el nombre, el apodo”. Yo probaba con todos esos nombres hasta que me metía en la carpeta. Entonces yo abrí la carpeta del supervisor general de la sección y encontré las cartas de la supervisora que tenían que ver conmigo [inhala otra vez].

Cada vez que la veía me daban ganas de matarla, pana; me entraban ganas de quemarla viva. Ella vivía en una casa móvil pequeñita. Me

entraban ganas de agarrarla y... me ponía a pensar en toas las cosas que yo le podía hacer.

Yo me daba cuenta que yo le caía mal.

Le dije a la compañía que ella también se duerme en el piso. A veces se va pa atrás y se duerme en el piso.

Pero ellos me dijeron: “Sí, pero ella descuenta el tiempo de la boleta. Ella anota cuánto tiempo se salió y después apunta otra vez cuando regresa”.

Me debieron haber dicho que anotara mi tiempo cuando me veían dormido. Pero ella era una supervisora y yo era un cero a la izquierda.

Desde luego, la enemiga de Primo era invulnerable a los intentos de venganza de su súbdito. A la larga, Primo llegó a reconocer que su impotencia, más que el resultado de la tensa relación que sostenía con su jefe inmediata, era de orden estructural.

Primo: Yo trabajé allí mucho tiempo. El problema es que empezaron a cortar cabezas. Yo fui uno de los pocos que topó con suerte. Buscaban cualquier cosita que uno hiciera mal y te botaban. Andaban buscando razones pa botar a la gente [chasquea los dedos], así como si nada.

No contrataban a nadie. Los únicos que no botaron fueron los que habían trabajado allí desde el principio, que eran John, Art Schwartz y otro pana blanco alto.

Philippe: ¿Y cómo te sentiste?

Primo: [inhala cocaína por ambas fosas, pensativo] Pana, cuando yo me enteré yo sentí ganas de llorar. Se me secó la garganta, yo estaba como... [boquiabierto, agita los brazos como si se sofocara; luego aspira cocaína nuevamente].

Yo había ido a recoger mi cheque, ves, pero antes de que me lo dieran hubo como un tumulto y me llamaron a la oficina.

Yo pensé: “¡Puñeta!” [inhala otra vez].

Pero no los pude convencer. Yo les dije: “Pónganme otra vez de mensajero, bájense el sueldo, pero no me despidan. Yo necesito el dinero; tengo que trabajar porque tengo familia”.

Y ellos me dijeron [simula un rechazo prepotente]: “No, no, no”.

Tonces yo les dije: “Okey”. Y me fui.

Mis amigos me estaban esperando afuera. Yo estaba mal, pana, como si me fuera a atragantar.

La relación con los jefes y supervisores no tiene que ser conflictiva para ser humillante o de otra manera intolerable según las pautas de la cultura callejera. Por ejemplo, es posible que Gloria Kirschman, la jefa de Primo en su anterior trabajo como mensajero en una casa editorial, fuera una bienintencionada mujer de izquierdas. Si se lee entre las líneas del relato envilecido de Primo, uno sospecha que ella se preocupaba por el futuro del adolescente afanoso y perspicaz que trabajaba para ella. En determinado momento lo llamó a su oficina

para aconsejarle que “volviera a la escuela”. A Primo, sin embargo, el consejo le sonó de esta manera:

Primo: Tienes que ser un mamacito pa trabajar cuando eres joven. La jefa mía, ella quería que yo estudiara. ¡Pues que se joda, pana! Yo brego porque quiero bregar. Yo me quiero ganar mis propios chavos. Y te hablan de que la escuela esto y que la escuela lo otro porque ellos la han tenido fácil; a ellos los han mimado toa la vida. No todo el mundo puede ir a la escuela por muchos años. Algunas personas tienen que sobrevivir, pana; tienen que comer, ¿tú me entiendes? Esas personas tienen que encontrar una manera para no morirse de hambre. Especialmente si uno tiene un hijo, uno tiene que... uno tiene muchas cosas qué hacer. Yo tenía dieciocho años y ya había nacido mi hijo Papito. Es decir, hay cosas en el mundo que uno quiere lograr. Uno no se puede dar el lujo de esperar hasta sacar un jodido título. ¿A ella qué le importaba que yo no fuera a la escuela?
César: En este mundo yo no entiendo de qué puñeta le sirve a uno saber cómo hizo George Washinton para cruzar el Delaware.
Primo: Deberían enseñarnos a escribir cartas a otras compañías. Inglés, [se da vuelta y se dirige a César] esa asignatura se llama Inglés, pa leer y escribir bien.

Primo carecía de un marco de referencia para entender las tareas que Gloria Kirschman le insistía que realizara.

De todos modos a mí no me gustaba bregar allí. Yo detestaba eso de organizar fotocopias y materiales pa mandar por correo. Además, ella siempre me hacía metelme en un armario a ordenar todo lo que ellos tenían... Se me olvidó cómo es que ella les decía... Ah, sí, ella me decía: “Prepara un inventario”. Yo no sabía qué carajos quería decir un inventario. Pero bueno, la cosa es que en ese armario lo que había era un revolú. Entonces yo pensaba: “Lo que tengo que hacer es botar parte de esta porquería al zafacón pa que se vea más ordenado”. Entonces boté el chorro de papeles al zafacón, porque yo sabía que ella nunca los iba a necesitar.

Desconcertado por los misterios aparentemente irracionales del trabajo de oficina, Primo temía que lo volvieran a llamar analfabeta. Se mantenía en alerta para impedir que Gloria Kirschman lo humillara sin percatarse de lo sucedido. Cuando le ordenaba desempeñar tareas misteriosamente específicas, como doblar, engrapar y acoplar materiales publicitarios de un modo determinado para enviarlos por correspondencia a un público selecto, Primo activaba sus mecanismos de defensa. El domicilio de su madre rara vez era objeto de los envíos

postales publicitarios, por lo que carecía de un marco de referencia que le permitiera comprender la escrupulosidad con la que Gloria supervisaba su trabajo. Por el contrario, Gloria le parecía opresiva, autoritaria y denigrante; el rigor y el ahínco con los que revisaba los paquetes publicitarios, síntomas de una caprichosa superstición.

LAS TRETAS DEL DÉBIL

A Primo le exasperaba la “flexibilidad laboral” que requerían las campañas publicitarias. Repudiaba la profusión de operaciones rutinarias que debía realizar hasta las altas horas de la noche —la compaginación y el reacomodo de materiales en los días en que debía esforzarse para lograr que la hora límite de los envíos postales coincidiera con los plazos de impresión y ventas de la revista. Le parecía ofensivo e inapropiado tener que llevar de noche los paquetes ensamblados a la casa de Gloria para someter el trabajo a una revisión de última hora—.

Primo: Yo me quedaba hasta bien tarde terminando los paquetes, porque tenían que estar listos pa la noche: tenía que compaginarlos, engramparlos, doblarlos como ella quisiera. Siempre era distinto.

Y tenía que ser justo como ella quería. Yo llenaba los sobres exactamente de esa manera [hace gestos frenéticos con las manos, como si barajara] y después los sellaba.

Yo odiaba tener que hacer todo eso. Echaba todo en cajas y lo llevaba al correo de la treintiocho a las diez y media de la noche.

Pero a veces ella me llamaba de la casa y me hacía traerle los papeles al apartamento, que quedaba en la setentinueve y tercera [el barrio más privilegiado de Manhattan] pa revisar lo que yo había hecho. Inspeccionaba hasta el último sobre. Y siempre encontraba algún papelito que yo había doblado mal.

Me trataba de ofrecer algo pa comel, pero yo la paraba en seco: “No, gracias”. Porque ella me trataba de pagar de esa manera, porque era bien maceta.

Me decía: “¿Quieres pizza, té, galletas?” Tenía de esas galletitas Pepperidge Farm.

Pero yo no le aceptaba nada. Yo no iba a regalar mi tiempo, pana.

Ella pensaba que yo era analfabeta. Pensaba que yo era un ilnorante. ¡Pero no! Yo le cobraba hasta el último centavo, [sonríe maliciosamente]. Desde el momento en que yo salía de la oficina eran horas extra, hasta que llegaba a la casa de ella. Valía tiempo y medio.

Yo exageraba las horas. Si trabajaba dieciséis, yo ponía dieciocho o veinte pa ver si me pagaban más. Y funcionaba. Yo no iba a trabajar de gratis, no señor.

Y esa jeba estaba loca, pana. Comía comida pa bebés. Yo sé porque yo la vi comiéndosela derechito del frasco con una cuchara.

Quizá Primo pareciera un empleado malagradecido, malcarado y deshonesto desde la perspectiva de Gloria, pero Gloria parecía casi una perversa desde el punto de vista de Primo. ¿Qué mujer normal de mediana edad recibiría en las altas horas de la noche a un empleado de diecinueve años en su cocina comiendo alimentos para bebé? Irónicamente, fueron precisamente el entusiasmo y la flexibilidad que Primo demostraba elaborando las campañas publicitarias y cumpliendo con los plazos nocturnos las cualidades que le aseguraron un ascenso, o al menos la estabilidad laboral, en la empresa de Gloria. Es probable que al invitar a Primo a su cocina y ofrecerle algo de comer, ella se esforzara por ser amigable, entregándole su confianza a un empleado tímido que se mostraba moderadamente hostil.

En todo caso, los triunfos de Primo sobre su jefe demostraron ser pírricos. Su definición de los derechos laborales permanecía aferrada a las ideas que imperan en los talleres industriales, donde, luego de décadas de enfrentamiento entre obreros y patronos, los empleados siempre exigen que se les pague tiempo y medio por cualquier operación que exceda las ocho horas de ley. Por el contrario, en los corredores financieros, un empleado que reclame el pago de horas extra da al traste con toda posibilidad de éxito. El archivo y el “rastreo documental” —no las convenciones colectivas determinan la supervivencia—.

Un obstáculo adicional que enfrentan los trabajadores de nivel básico procedentes de la *inner city* es que el vocabulario utilizado para evaluar el rendimiento en los trabajos de oficina no tiene contraparte en la cultura callejera. Cuando la gerencia “cesa” a un empleado como Primo o César, el informe administrativo suele contener algunas de las siguientes valoraciones: “falta de iniciativa”, “incapacidad de expresión”, “incomprensión de las metas corporativas”. Primo sabe que en el idioma callejero estas observaciones se traducen como: “Ella les dice a los socios que yo soy estúpido”; pero, como tantos otros jóvenes de su edad y procedencia, es incapaz de mejorar su desempeño sin comprometer el sentido de dignidad que se ha forjado en las calles de la *inner city*. Como resultado, en uno de los declives económicos característicos de la industria de publicaciones, actividad que fluctúa según las modas y caprichos de las clases acomodadas, Primo fue la primera víctima.

Primo: Tuve que renunciar a ese trabajo porque me redujeron las horas. Creo que al final yo bregaba solo cuatro horas y media diarias, y algunos días me los quitaban completos. Ellos decían que es que había menos trabajo por hacer.

Yo ya tenía a mi hijo, Papito, y otros gastos. A Sandra, la *mai* de mi hijo, a ella le daban *welfare*, pero no eran suficientes chavos. A ella le pagaban por debajo de la mesa, pero apenas le alcanzaba pa sobrevivir. La prima de ella... o alguien... la vecina de al lado le cuidaba al nene pa que pudiera trabajar. Era un trabajo de salario mínimo.

Ella se mataba trabajando pa ganarse una porquería.

Por eso fue que yo tuve que buscar otro trabajo. Mi jefa me tenía con horas restringidas y ni siquiera me dejaba hacer horas extra.

Pese a ocupar el fondo de la jerarquía en el sector FIRE, Primo y César no eran completamente impotentes. Junto a los demás trabajadores no sindicalizados de los edificios financieros, disponían del mismo repertorio de artificios que tantos grupos dominados a lo largo de la historia, desde los siervos feudales y los aprendices artesanales hasta las amas de casa contemporáneas, han utilizado para plantar cara a sus superiores: el robo, la desobediencia, el espíritu de desafío (Colburn 1989; Scott 1985). Sin embargo, en el nuevo contexto del sector servicios, donde la “actitud” definida como empeño, iniciativa y flexibilidad suele determinar quién progresa y quién es destituido, estas manifestaciones intencionales de malestar se sancionan con singular vehemencia. Las identidades culturales antagónicas, legítimas en los talleres industriales —donde incluso sirven para ni utilizar y estabilizar los enfrentamientos entre obreros y patronos— son completamente inadmisibles en el sector FIRE, donde las formas de interacción de la clase media anglosajona imperan casi vindicativamente.

A diferencia del obrero industrial sindicalizado, los empleados de menor nivel en el sector servicios carecen de canales institucionales para legitimar su desagrado con las condiciones laborales o encauzar su malestar de modo productivo. El resultado es una “cultura de clase trabajadora” enajenada dentro del estrechísimo espacio que los obreros de nivel básico logran labrarse para sí. En la agencia publicitaria que lo contrató, César reconoció esta realidad inmediatamente:

César: Yo siempre llegaba tarde, pero cuando llegaba los demás empleados nunca estaban haciendo na. Eran unos manganzones, hasta el supervisor.

Pasaban sentadotes todo el día, preguntándose boberías por teléfono y jugando Pac-Man en la computadora. Eso es todo lo que se hace en un sitio como ése.

El jefe mío, Bill, se la pasaba dándose palos a escondidas y comiendo chorizo como un puerco.

Primo y César preferían tomar venganza de una manera más práctica y gratificante: el robo.

Primo: Yo estaba encargado del correo exprés. Costaba nueve pesos con treinticinco centavos y me daban diez dólares pa que llevara las cartas al correo. Pero en vez de ir hasta allá, yo pasaba los sobres por el Pitney Bowes [máquina franqueadora] y los echaba en el buzón de la esquina.

Primo se sentía orgulloso de su habilidad para robarle a Gloria Kirschman, la jefa que lo llamó analfabeta. Pocos meses después de su contratación, ya había perfeccionado el método para manipular el sistema de facturación de la revista —habilidad difícil de asociar con el analfabetismo—:

Primo: Una vez me tumbé ochenta pesos de la caja chica, que estaba a cargo de la recepcionista de la oficina del frente. [Inhala con fuerza de un paquete de heroína que había colocado en la mesa de mi sala]. Bueno, no es que haya metido la mano pa sacar los chavos.

Yo sabía cómo funcionaban las cosas. Hice todo paso a paso.

Cuando empecé a trabajar allí, ves, yo tenía que traer los recibos de cualquier cosa que comprara. Y a veces tenía que coger chavos prestados de la caja chica, que después tenía que devolver cuando me pagaban. Gloria era tan maceta... Ella se quejaba y se quejaba de que las facturas no estaban en su lugar, de que yo contestaba el teléfono, me decía que yo era analfabeta...

Bueno, la cuestión es que ella no mantenía un buen registro.

En ese lugar nada era exacto. Tonces lo que pasa es que ella me mandaba a sacar fotocopias, pero yo sabía cuánto iban a costar porque llamaba a la tienda a averiguar cuánto cobraban por sascar las copias. Yo les decía el tamaño y la cantidad de copias: ocho y medio pulgadas de ancho por once de largo.

Ese día le dije a la dependiente, la recepcionista, que me diera ochenta pesos pa pagar las copias.

Después fui y le pregunté a Gloria [inhala más heroína], mi jefa: “¿Quieres pagar con cheque o efectivo?”

Ella me dice: “Con cheque” [sonríe]. Y entonces me dio un cheque por ochenta pesos; yo me dejé el efectivo y metí la factura en la caja chica. Nadie se dio cuenta [risas].

Esa canto de cuerúa era bien boba. Pasaba quejándose y no sabía hacer bien las cosas [carcajadas].

La risa de Primo se detuvo de pronto: dio un sacudón en dirección al baño de mi apartamento y se vomitó en la alfombra de la sala. César gritó, preocupado:

¡Acho, pana! ¿Estás bien? Mira, pana, yo ya te he dicho que tú eres flojito pa esto. No esnifees tanto de una sola vez. [Hunde la llave de su casa en el paquete de heroína e inhala en seco por ambas fosas].

LA ROPA COOL Y EL PODER SIMBÓLICO



**Autorretrato de un vendedor de crack con cadena y medallón de oro. Este traficante, competidor directo del Salón de Juegos, rotulaba su punto de venta con graffiti.
Fotografía de Philippe Bourgois.**

No todas las formas de resistencia contra la subordinación en el empleo legal son tan prácticas y deliberadas como el robo. En principio, la base misma de la cultura callejera y de la fidelidad de jóvenes como Primo y César a la identidad que se fraguan en la calle es el repudio a la marginación que experimentan en el mundo profesional. Las identidades desafiantes de la cultura callejera manifiestan tanto un rechazo triunfal de la subordinación social como una renuencia defensiva, en ocasiones aterrorizada, a reconocer las vulnerabilidades propias. El vestuario laboral, caracterizado por marcadas distinciones entre los empleados de diferentes rangos y categorías, representa un terreno útil para comprender esta dinámica, pues es uno de los ámbitos donde el conflicto simbólico y cultural se encarna de manera perceptible. Muchos de los personajes de este libro mencionaron la ropa (la indumentaria inapropiada que utilizaban y la degradante imposición de la etiqueta laboral) como razón principal para darle la espalda al “trabajo limpio”. Debo admitir que, al comenzar mi trabajo de campo, yo desestimé el tema, considerándolo insignificante. Me tomó varios meses reconocer la importancia central del vínculo entre esta expresión simbólica de la identidad y las relaciones de poder en el mercado laboral.

El sentido contestatario del “estilo subcultural” entre los jóvenes y los sectores socialmente marginados ha fascinado a los sociólogos por muchos años (Becker, 1963; Hebdige, 1979). Dichos académicos frecuentemente romantizan y exotizan el sufrimiento que conlleva la

marginación. En cambio, desde la perspectiva de la sociedad convencional, la obsesión de los jóvenes de la *inner city* con la “ropa cool” no hace más que confirmar los estereotipos de inmadurez, irracionalidad mezquina e incluso patología personal que los caracterizan en las representaciones populares.

En efecto, cuando los jóvenes de bajos recursos se ven obligados a obedecer las órdenes de supervisoras blancas en las oficinas del sector servicios, el aspecto físico se convierte en un intenso campo de batalla donde el poder se impone y se disputa. En términos generales, esto ocurre cada vez que una persona involucrada en la cultura callejera se atreve a penetrar el mundo blanco de clase media, imperante en la mayor parte del espacio público fuera de la *inner city*. César, por ejemplo, subrayaba los efectos de esta tensión cuando recordaba, rencoroso, sus conflictos laborales. No tenía ni la menor idea de que ciertos atuendos podían provocar ira o sarcasmo en la oficina. Le enfurecía la “flexibilidad” que le exigía su jefe, lo que demostraba su impotencia y desamparo en este contexto tan ajeno para él. Preocuparse por la confusa etiqueta laboral era un modo de amortiguar la precariedad de su situación:

César: Cuando yo bregaba en Sudler & Hennessey, la compañía que hacía campañas publicitarias pa empresas farmacéuticas, ellos tenían una etiqueta pa vestir. Yo llevé corbata las primeras tres semanas, pero, este... Bob; que diga Bill, él era mi supervisor; un irlandés bien hijoeputa, un tipo blanco, viejo; él me dijo que yo no me tenía que poner corbata si yo no quería. Así que de allí en adelante yo no me la puse.

Por alguna razón, seguro porque yo era nuevo —yo era el nuevo ayudante en la oficina de la correspondencia— y ellos estaban remodelando, querían que yo hiciera un chorro de trabajo bien difícil. Quitar estantes, limpiar polvo, mapear el piso: trabajos sucios, tú sabes.

O sea, yo no quería hacer ese tipo de trabajo con mi ropa buena. Pero yo no podía ir mal vestido, porque entonces el supervisor me decía: “¿Qué te pasa a ti que tú vienes vestido así?” Es decir: “Como un maleante”. Pero yo me vestía bien, con buenos *baggies*, chambones chéveres y camisas estampadas.

Pero lo que me daba coraje era que la descripción del puesto no decía que me iban a poner a bregar en construcción. A mí me contrataron como auxiliar pa la correspondencia, ¿verdad? Nunca me dijeron que iba a tener que remodelar na. Entonces tenían esa etiqueta, ¿ves? Yo la odiaba. En ese tiempo yo no tenía ropa porque todavía me iba de misión [juergas de *crack*], tú sabes. Así que mi primer cheque lo gasté todo en ropa, pero después tuve que reemplazar la ropa que se me rompió remodelando el sitio.

Primo y César se hallaban en situaciones paralelas: a uno lo humilló tener que rastrear en el diccionario la palabra “analfabeta”; al

otro, que el supervisor lo inculpara de parecer “un maleante” cuando creía estar bien presentado. El problema de César no era únicamente que no tenía dinero para comprar ropa, sino que desconocía completamente qué ropa seleccionar al irse de compras. Perder esta lucha en el terreno del capital cultural debe ser sumamente desequilibrante para una persona acostumbrada a ser el “cheche del corillo” por su forma de vestir, como Willie, el amigo de César desde la adolescencia, me aseguró en la conversación mencionada anteriormente en este capítulo.

Asimismo, varios meses atrás vi a Primo abandonar un curso de “motivación y capacitación” que dos antiguos heroinómanos, favorecidos con una subvención privada multimillonaria para poner en práctica su estrategia alternativa de capacitación de poblaciones “inempleables”, ofrecían en el sótano del caserío donde vivía su madre. Primo sentía que el curso era cruelmente denigrante; le enfurecía, sobre todo, el desdén con el que lo hostigaban por su forma de vestir. La filosofía fundamental de estos cursos de motivación es que “el problema de estas personas es la actitud”. Someten a los clientes a un procedimiento similar al de los campamentos militares: les destrazan la autoestima la primera semana y se las reconstruyen las semanas siguientes haciéndoles interiorizar la epifanía de que la meta de sus vidas es trabajar como mensajeros, vigilantes o dependientes por salarios mínimos. El mayor éxito estadístico del curso se ha dado con mujeres afroamericanas de mediana edad que aspiran a independizarse del régimen de Bienestar Público en cuanto sus hijos se marchen de casa.

En un principio, mi propia “actitud” ante a la idea de manipular a las personas para animarlas a aceptar puestos mal pagados y tediosos era la de completo escepticismo. Sin embargo, la violencia y autodestrucción que atestiguaba en el Salón de Juegos paulatinamente me convencían de que la explotación en la economía legal era mejor que la exclusión total y completa. En todo caso, logré persuadir a Primo y a varios de sus socios del Salón, entre ellos Candy y Little Pete (que en ese entonces administraba la casa de *crack* ubicada en la esquina de La Farmacia), de que se inscribieran en el curso. El mismo César se vio tentado a apuntarse.

Ninguno de los traficantes asistió a más de tres sesiones del curso. Primo fue el primero en dejarlo tras la charla inaugural y evitó hacer mención de la experiencia por varias semanas. Tuve que insistirle hasta el cansancio que me explicara su ausencia en las sesiones, que en todo caso eran gratuitas, para que por fin me confesara cuál era el problema. Cada vez que ingresaba en el mercado laboral legal, se sentía inseguro y avergonzado. En el caso particular del curso de capacitación, la ropa y el aspecto físico (nuevamente, el estilo) fueron

los medios por los cuales intentó erguirse un frente contra la deshonra de someterse a un puesto de menor nivel en el sector servicios.

Philippe: Oe Primo, préstame atención. Estoy preocupado por tí, porque yo creo que tú no te das cuenta de algo muy importante. La coca que esnifeas: ese tipo de cosa pasa todos las noches.

Primo: ¿Y qué pasa?

Philippe: Y te desapareciste de la capacitación. Tú dices que el problema es que dejas todo pa más tarde, pero yo creo que tú no le estás dando la cara a algo más profundo. Siempre quieres janguear, esnifear. Tal vez por eso es que nunca regresaste.

Primo: A la verdá, escúchame Felipe, lo que a mí me tenía preocupado era la etiqueta que ellos tenían pa vestir, porque yo no tengo mucha ropa. Ni siquiera tengo una camisa de vestir; solo tengo un par de zapatos, y en ese programa no te dejan llevar tenis. También uno se tiene que poner corbata, ¿no? Bueno, pues yo ni siquiera tengo corbata –solo la que tú me prestaste. Hubiera tenido que ir con la misma ropa las tres semanas, la misma *t-shirt* y los mismos mahones. ¡Estoy jodio como un bon!

Philippe: ¿Tú te crees que yo me creo esa excusa? Tú no estabas preocupado por eso. Nadie se fija en cómo andan vestidos los demás.

Primo: ¡Felipe, es en serio! préstame atención. Yo pensaba en eso todo el tiempo. ¡Claro que sí! Claro que se hubieran fijado, igual que yo me fijaría si alguien lleva una camisa toa arrugada.

Y yo no quiero ir a una capacitación donde voy a estar todo abochornado. No me podría concentrar, tú sabes. Me denigrarían y me volverían a ver como si yo fuera un mamao, con los mahones sucios... o viejos, porque solo tengo un par. ¡Te lo juro!

Solo tengo dos camisas de vestir y a una le hacen falta dos botones.

No tenía ganas de decírtelo porque yo sé que suena como una mala excusa, pero eso es lo que a mí me tenía preocupado. El día que fui yo pensé: “Pues no vengo más”.

Además, Felipe, mírame que estoy [muy] flaco. Tengo que tener cuidado de lo que me pongo pa que no piensen que yo fumo piedra.

Philippe: [nervioso] Mierda. Y yo estoy más flaco que tú. La gente debe pensar que soy tecato.

Primo: No te preocupes. Tú eres blanco.

Lógicamente, el problema es más profundo que la falta de dinero para comprar ropa. El racismo y otros indicadores más sutiles de poder simbólico se manifiestan en la indumentaria y el lenguaje corporal. Para Primo, el mayor problema era su desconocimiento del tipo de ropa adecuado para trabajar; al igual que César, temía lucir como un payaso al hacer el intento de vestir bien. Tiempo después, Primo me confesó que la gota que derramó el vaso fue que en la sesión inicial del curso, alcanzó a oír que acusaban a Candy de vestir como una “corrientona”. Ese día, Candy estrenaba con orgullo un tallado overol

amarillo que a Primo y a su madre les pareció muy elegante cuando vino a su casa a mostrárselo antes de la primera clase.

FRAUDES SINDICALES: RACISMO Y EXTORSIÓN

El aislamiento en la cultura callejera es una estrategia para evitar las experiencias denigrantes que Candy, Primo y César deben soportar cuando dejan su círculo social en busca de empleos legítimos. No obstante, todos los personajes de este libro, incluso los que albergan mayor resentimiento, reconocen que un trabajo sindicalizado es ante todas luces superior a la venta de drogas. Ven con buenos ojos, sobre todo, al sector de la construcción, que ofrece la mayor cantidad de puestos básicos accesibles en Nueva York y armoniza con las definiciones callejeras de la masculinidad incluso con mayor sintonía que el sector industrial.⁵ El mismo César me rectificó cuando lo acusé de ser demasiado perezoso como para trabajar en construcción. Enmarcado por la puerta del Salón de Juegos en su puesto de vigilante, sacó el pecho y alzó los puños al estilo del Capitán Planeta.

César: No, pana. De que tú hablas. Está bien la construcción. Mírame el cuelpo. Tengo el cuelpo que uno necesita pa ser constructor. No lo tengo como Primo [señala a Primo, que atiende a un cliente]; él tiene un cuelpo que es mejor pa bregar en envíos de paquetes [se oyen disparos].

Para mi sorpresa, César me confesó que, antes de empezar a trabajar en el Salón de Juegos, su único intento por convertirse en constructor había fracasado, aunque su experiencia en el sector fue menos humillante que la catástrofe que atravesó en Sudler & Hennessey. Es de conocimiento general que la industria constructora neoyorquina es un ámbito racista reservado para obreros blancos bien pagados, protegidos por sindicatos bajo el control de la Mafia (*New York Daily News*, 13 de agosto de 1991; *New York Times*, 28 de julio de 1991: A29; 18 de julio de 1990: B1; 30 de abril de 1988: A34). Desde los años setenta, un conjunto de organizaciones de fomento de grupos étnicos minoritarios se ocupa de presionar a las empresas constructoras para que contraten obreros locales al realizar obras en sus vecindarios. Irónicamente, para este fin utilizan los métodos violentos introducidos por la antigua Mafia, reclutando hombres de la estatura corpulenta y disposición irascible de César para que actúen como piquetes e intimiden a las empresas

5 Según el censo neoyorquino, en 1990 el 22,6% de los residentes latinos tenía empleos en el área de la construcción, en comparación con el 13,5% de los residentes blancos y el 8,8% de los afroamericanos. Entre 1980 y 1990, el porcentaje de empleos de construcción frente al total de empleos aumentó de un 2,3% a un 3,2% (Departamento de Planeamiento Urbano de Nueva York, 1993: cuadro 6).

hasta que accedan a incorporar trabajadores afroamericanos y latinos en su fuerza laboral. Los manifestantes más efectivos reciben como premio uno de los escasos puestos disponibles en las construcciones donde las rudas tácticas tuvieron éxito.

Gracias a su corpulencia y su capacidad para desplegar violencia en público, César se ganó uno de estos puestos en una manifestación organizada por “*Harlem Fight-Back*” (Harlem Contraataca), una de las más conocidas y legítimas de las agrupaciones. Pese a su brillante éxito como manifestante, César se desmoronó cuando tuvo que dejar la membrana protectora de las tácticas callejeras. Se encontró, de súbito, tras un muro racista erguido por colegas exclusivamente blancos.

Pagaban bien, tú sabes. Catorce pesos por hora. Pero yo era el único puertorriqueño; todos los demás eran italianos. Y aparte, nunca me pagaron.

Lo que pasa es que me empezaron a pasar de mano en mano como un títere. Me asignaron a bregar en una demolición, pero el capataz no sabía que me habían contratado; entonces siempre que yo iba me mandaban de un edificio a otro, a otro, a otro.

Y los italianos, que eran grandotes, como de cuarenta años, me preguntaban: [tosco] ¿Qué tú haces aquí?

Y yo: [encoge los hombros, indefenso].

Y ellos: [rudo] ¿A ti quién te contrató?

Y yo les decía quiénes me contrataron. El problema es que el sindicato nunca me mandó los papeles; no me dieron tarjeta pa marcar las horas ni na de eso. Entonces yo iba a trabajar pero nadie sabía quién yo era.

Yo llegaba al *site* y me encontraba a todos los trabajadores esperando a que el jefe dijera: “Okey, manos a la obra”. Tonces se ponían a trabajar, ves, y yo me metía donde fuera.

Pero nadie sabía quién yo era. Me preguntaban: “¿Quién te contrató?” “¿Adonde está tu tarjeta?”

Así que me mandaban de sitio en sitio. Hice una estupidez.

Nunca volví. Porque en ese tiempo yo fumaba piedra; entonces yo dije pa mis adentros: “Qué mucho lío que me dan aquí; que se jodan”. Y me fui de misión.

En otras palabras, el *crack* y el racismo en el mercado laboral se confabularon con las debilidades particulares de César para impedir que se percatara de su exclusión estructural de incluso este, el nicho más tradicional y “macho” de la clase trabajadora.

Dos sectores de la industria constructora eran en cierta medida más inclusivos de la población puertorriqueña y afroamericana de El Barrio: la demolición de edificios y el reemplazo de ventanas elevadas. Estos enclaves de la industria, infames por su peligrosidad, prosperan en los barrios deprimidos neoyorquinos gracias a las artimañas de

los propietarios especuladores y la corrupción rampante en el sector público. En las obras de demolición efectuadas en El Barrio, rudos adolescentes orgullosos de ejercer empleos legales, casi todos ellos desertores escolares, limpian los armatostes de los inmuebles abandonados para abrir campo a los nuevos y lujosos edificios que, por su elevado costo, ellos y sus familias jamás serán capaces de habitar. Los economistas y corredores de bienes raíces denominan a este proceso “elitización”; en la calle, oí que lo llamaban “blanquificación”.

La relación entre la fuerte competencia por viviendas asequibles en Manhattan y la abundancia de empleos en el reemplazo de ventanas es solo un poco más sutil. Las leyes neoyorquinas designan al reemplazo de ventanas como una de las “mejoras a los activos fijos” cuyo costo puede transferirse a los inquilinos por un monto varias veces superior al real, siempre y cuando los propietarios se adhieran a procedimientos estratégicos (aunque perfectamente legales) de contabilidad. Por lo tanto, este es uno de los métodos utilizados por los propietarios para circunvalar las estrictas leyes neoyorquinas dirigidas a estabilizar los alquileres y combatir el desalojo de familias, pues les permite aumentar súbitamente el costo mensual del alquiler y de esa manera desplazar a los inquilinos de menores recursos. Las zonas limítrofes entre vecindarios ricos y pobres, como la que representa la calle 96 donde East Harlem colinda con Upper East Side, son las áreas más susceptibles a estas estratagemas. Irónicamente, los jóvenes de El Barrio experimentan el desplazamiento de su vecindario como un proceso positivo, pues en el corto plazo hallan empleos como restauradores de edificios que, gracias a su labor, se tornarán inasequibles.

Cada cierto tiempo, el crimen organizado patrocina dichas “obras de restauración” en los caseríos del Instituto de Vivienda, generando abundantes empleos en el reemplazo de ventanas elevadas. Varios de los habituales del Salón de Juegos participaban afanosa y desapercibidamente en estas estafas. Little Pete, gerente del Club Social, se encontraba trabajando en la renovación de las miles de ventanas del caserío frente al Salón de Juegos cuando un cristal se desprendió y le cayó en la cabeza, proyectando astillas de vidrio que le penetraron el ojo izquierdo. El subcontratista que lo empleó no disponía de cobertura sanitaria ni pólizas contra riesgos laborales para sus trabajadores, por lo que Little Pete debió acudir en categoría de indigente al Hospital Metropolitano, el centro de salud municipal de East Harlem. Como si fuera poco, el hospital llevó a cabo una investigación que descubrió múltiples irregularidades en su contratación. Un funcionario sindical corrupto autorizaba al subcontratista a cobrar \$18 por hora, mientras que Little Pete recibía únicamente \$10. Little Pete estaba tan

orgullosa de ganar \$10 la hora que jamás se le ocurrió que su trabajo costaba \$8 adicionales según las normas sindicales.⁶

LA OPCIÓN DE LOS RECIÉN LLEGADOS

Pese a la sucesión de malas experiencias que atraviesan en los márgenes de la economía legal, todos mis conocidos aseguraban que el anhelo de sus vidas era encontrar trabajo y asociarse a un sindicato. Primo, en los lapsos en que hacía el esfuerzo de obtener empleo, solía repetir el refrán: “Estoy buscando un puesto con una unión”. De hecho, por un período de dos meses, esperanzado por su aparente obtención de uno de estos empleos, se dejó engañar por una empresa que limpiaba los teatros y las salas de conferencias de varios hoteles en Times Square. Al comienzo tenía grandes ilusiones, sin darle mayor importancia a que su sueldo inicial fuera de \$6,50 por hora. Un día me aseguró que se sentía de maravilla, “como un pana normal, trabajador”, aunque añadió: “¿Pero sabes qué me está raro? Que todos los trabajadores allí sean inmigrantes, excepto los jefes”. También solía quejarse de que la compañía se negaba a reconocer el cumplimiento de horas extra. Aceptaba como válida, eso sí, la explicación que le daban los gerentes al exigirles a él y a los demás conserjes que abandonaran los hoteles al amanecer: “Supongo que los huéspedes no quieren ver mugre como nosotros. Entonces nos matamos limpiando de once [de la noche] a seis y media [de la mañana]”. Le desagradaba el jefe “judío, blanco, calvo” porque lo regañaba cuando examinaba su trabajo, pero admiraba a los colegas afiliados al sindicato pues se atrevían a insultar de vuelta al “pana blanco calvo”. Al recibir el segundo cheque quincenal, se dio cuenta de que no le habían pagado varias noches de trabajo. Poco a poco advirtió que ninguno de los empleados estadounidenses conservaba el puesto hasta el final de los dos meses y medio que tardaba el período de prueba, cuyo cumplimiento los acreditaba para unirse al sindicato.

Como era de esperar, dos semanas antes de que Primo cumpliera los requisitos para incorporarse al sindicato, la empresa rescindió su contrato.

6 En un hecho sin precedentes, el cabecilla de este fraude multimillonario fue juzgado y condenado a principios de los años noventa (*New York Daily News*, 13 de agosto de 1991: 20; *New York Times*, 28 de julio de 1991: 29). El responsable era nada más y nada menos que “Fat Tony” Salerno, el padrino de los Genovese, una de las familias líderes del crimen organizado con sede en East Harlem. El subcontratista que estafó a Little Pete, sin embargo, ocupaba un nivel demasiado bajo en la cadena de corrupción como para verse afectado por los cargos.

Primo: Yo me imaginé que eso es lo que pasaría, porque yo solo llevaba dos o tres meses allí. Por eso yo era el que tenía mayor riesgo de que me botaran, tú sabes, por el asunto ése del sindicato. Y aparte, en ese trabajo no te dan *Blue Cross/Blue Shield* [seguro médico], y la planilla es un desorden. Los panas más viejos, los que ya llevaban allí muchos años, me decían: “Aquí no te van a dejar entrar en el sindicato. Cuando cumplas tres meses te van a botar. Ten cuidado”.

Todavía me deben chavos. Ese trabajo es una mierda. Ahorita van a botar a tos los americanos pa comenzar a contratar solo mojados, jamaicanos, centroamericanos. Vas a ver.

Si bien César, por un lado, reaccionaba con mayor indignación que nadie ante las estrategias antisindicales del sector servicios, por el otro reproducía la lógica racista del “divide y vencerás” que los administradores políticos y empresariales han sabido explotar a través de la historia como mecanismo de control laboral. Como Primo, culpaba a los mexicanos y a los caribeños recién llegados a Nueva York de su exclusión del mercado laboral legal. Con ello, demolía aún más su propio sueño de encontrar un empleo estable bien remunerado.

César: A los mexis los abusan en esos puestos, pana. No les pagan na y los cogen pa todos los trabajos, ¿tú me entiendes? Es mano de obra a precio de ganga.

Ahora contratan a un mexicano antes que a un blanco o a un puertorriqueño, porque saben que lo pueden exprimir más.

Primo: Les pagan dos o tres pesos por hora por un trabajo que yo sería capaz de hacer perfectamente.

César: A mí eso me tiene encojonao, pana.

Primo: Toman los puestos que podrían ocupar otras personas que somos ciudadanos.

César: Porque nosotros pertenecemos a los Estados Unidos

Primo: Y entonces a mí me pagarían lo que me tienen que pagar: cinco, seis, ocho pesos por hora.

César: Y además los mexicanos se traen a to el corillo del país de ellos. Ahora hay edificios que son puro mexicano.

Primo: Hay un edificio en la 116 que está estibado de mexicanos.

César: Toda esta cuadra está repleta, son un chorro de razas distintas. Y son como animales, viven tos juntos en el mismo cuarto.

Especialmente los africanos; esa gente es sucia.

Primo: Nos tratan mal y viven mejor que nosotros.

César: Por alguna razón me parecen puercos.

Philippe: ¡Noooo! Oye...

César: Son bien prietos. Negrititos de veldá. No sé tú, pero a mí me parecen sucios. No son el mismo tipo de moreno que los negros americanos que andan por aquí. Estos son negros negros, como si los hubiera tostao el sol.

Primo: Y luego están los dominicanos.

Philippe: Ey, panas... Deberían leer mi libro sobre lo estúpido que es ser racista contra otra gente que también está pelada (Bourgeois, 1989). Déjenme que lo traiga para leerse. Es sobre una plantación en Costa Rica donde los latinos y los morenos se serruchan el piso. A las compañías les encanta; se burlan de los pleitos y se aprovechan de ellos.

César: [despreocupado] Y los más bestias son los dominicanos. Se vienen de ilegales y pegan a vender drogas, o compran una tienda. Los dominicanos son los que más detesto.

Primo, César y casi todos los habituales del Salón de Juegos renegaban de la gran afluencia de extranjeros que empezaba a hacer acto de presencia en El Barrio. Se producía una auténtica repetición, aunque con los roles invertidos, del proceso por el que sus padres y abuelos arribaron al vecindario. En los últimos años de mi estadía en East Harlem, los mexicanos de las zonas rurales de su país llegaban de manera cada vez más numerosa, estableciéndose en los edificios más decrepitos, próximos a los epicentros más enérgicos del narcotráfico. Varios de los clientes habituales del Salón de Juegos, entre ellos Néstor, contratado por Ray para sustituir ocasionalmente a Primo y a César, cayeron presos en algún momento por asaltar, apuñalar y en un caso asesinar de un disparo a estos nuevos vecinos.

Tres o cuatro décadas atrás, eran los puertorriqueños los que actuaban como chivos expiatorios, entonces para los italoamericanos que los acusaban de “invadir” el vecindario y de “robarles” los puestos en las fábricas donde trabajaban. Y es que en los años cuarenta y cincuenta, la pobreza desahuciada, semejante a la que padecerían los mexicanos en la década de los noventa, transformaba a los puertorriqueños en mano de obra mucho más “explorable” que los hijos neoyorquinos de los italianos. Tal hecho queda claro en los recuerdos de infancia de la madre de Primo:

La madre de Primo: A mí me encantaba vivir en Puerto Rico.

Siempre teníamos que comer, porque el pai mío tenía trabajo, y en ese tiempo la costumbre era tener una huerta en el patio de la casa pa sembrar comida y todo lo necesario pa la alimentación de la familia.

Comíamos carne solamente los domingos, porque todo estaba cultivado en la misma parcelita. De ahí sacábamos nuestra berenjena, nuestras habichuelas, nuestro cilantro, nuestro...

[nombra otras hierbas y vegetales típicos de una agricultura de subsistencia] De ese modo ahorrábamos dinero.

No teníamos refrigeradora, entonces comíamos bacalao, que se puede dejar afuera, y un tipo de carne al que le llaman carne vieja, y sardinas de lata.

Pero gracias a Dios nunca pasamos hambre. La mai mía preparaba un montón de harina de maíz. Y pa ahorrar dinero, siempre que sobraban habichuelas mi mai cogía y las colaba, las apachurraba, hacía una sopita y le echaba un poquito de harina. Entonces nunca pasamos hambre.

En los años cincuenta, Leonard Covello, director ítaloamericano de la escuela superior de El Barrio, se sentía descorazonado por el racismo que sus vecinos dirigían contra personas como la madre de Primo. En su autobiografía, Covello reproduce una discusión que sostuvo con un grupo de ítaloamericanos en una esquina de East Harlem:

[*Un hombre en la esquina:*] Ellos no son como nosotros. Nosotros somos estadounidenses. Comemos carne al menos tres veces por semana. ¿Ellos qué comen? ¡Frijoles!

[*Covello:*] ¿Y qué crees que comían tus padres cuando llegaron a este país? ... *Pasta e fagioli*... Frijoles con macarrones, no lo olvides. No olvides que otras personas decían lo mismo de tus padres que lo que tú dices ahora sobre los puertorriqueños. (Covello, 1958: 223)

Décadas más tarde, la violencia y los conflictos interétnicos entre los puertorriqueños desempleados y los extranjeros que “invadían” sus vecindarios “asediando” los mercados laborales representaban la cara oscura de la reestructuración económica neoyorquina en su fase tardía. En los años ochenta, el valor real del salario mínimo en Nueva York decayó en una tercera parte, a la vez que el gobierno federal recortó a la mitad el porcentaje de su contribución al presupuesto local. Bajo circunstancias regulares, tales alternaciones ocasionarían una crisis en la reproducción de la fuerza laboral de nivel básico (Berlin, 1991: 10). No obstante, la nueva ola de trabajadores extranjeros arribó justo a tiempo para satisfacer la demanda de obreros dispuestos a aceptar sueldos inferiores al costo de la subsistencia y condiciones laborales deplorables. La mayoría de los inmigrantes que se asentaban en East Harlem eran mexicanos de los estados rurales de Guerrero y Puebla. La pobreza de sus pueblos natales los convertía en mano de obra altamente disciplinada y económica, ideal para satisfacer las cuantiosas necesidades de los ejecutivos del sector FIRE en los servicios domésticos, las entregas a domicilio, la preparación de alimentos y la conserjería (Smith, 1992; Sassen-Koob, 1986).⁷ Además, debido a que sus pueblos por lo general no cuentan con servicios básicos como agua potable y electricidad, tienen mayor facilidad para soportar el desmoronamiento del sector público en la *inner city* estadounidense. Independientemente de su etnia, los neoyorquinos de nacimiento no se dejan explotar lo suficiente como para competir con estos inmigrantes por los puestos de menor categoría.

7 Los inmigrantes indocumentados constituyen una fuerza laboral tan esencial para la economía neoyorquina que, en plena histeria xenofóbica de mediados de los años noventa, los representantes locales de los dos principales partidos políticos estadounidenses defendieron en foros públicos el derecho de los “sin papeles” a vivir y trabajar en la ciudad (*New York Times*, 10 de junio de 1994: A1; B4).

Además de la ventaja material que supone tolerar estilos de vida más escuetos y condiciones laborales abusivas, los mexicanos recién llegados a Nueva York poseen ideas muy distintas acerca del racismo y la subordinación que los afroamericanos y los puertorriqueños. Por un lado, su definición de la dignidad corresponde poco con las jerarquías étnicas y las nociones de mérito personal predominantes en los Estados Unidos; por el otro, no les dan importancia a las manifestaciones más sutiles de racismo que ordinariamente se dirigen contra los latinos en Nueva York. Desde luego, esta capa aislante contra la humillación por parte de otros grupos étnicos se debilitará con el tiempo, conforme los recién llegados desarrollen vínculos personales y emocionales con la sociedad local y a medida que una generación de mexicanos neoyorquinos alcance la madurez. Ciertas dinámicas semejantes, aunque mediadas por parámetros culturales y económicos distintos, ocurren en la actualidad entre los inmigrantes indocumentados procedentes de Asia establecidos en el sur de Manhattan, los grupos dominicanos en el Upper West Side y los caribeños oriundos de las Antillas instalados en Brooklyn (Smith, 1992).

LA OPCIÓN DE LA BICULTURALIDAD: MOVILIDAD SOCIAL O TRAICIÓN

A raíz de la dinámica estructural de sucesión étnica en los empleos de menor categoría, la mejor esperanza para los puertorriqueños neoyorquinos yace en la creciente demanda de personal de apoyo para las oficinas del sector FIRE en ocupaciones tales como el fotocopiado, la recepción y el reparto de correspondencia. Esta no es solo una de las esferas de mayor crecimiento en la economía local, sino que además posee el mayor potencial para los jóvenes que aspiran a mejorar su situación socioeconómica a medida que los mensajeros ascienden al puesto de dependientes, luego al puesto de asistentes administrativos, y así sucesivamente. Naturalmente, también son estos los empleos que exigen conductas serviles antiéticas a los principios de la cultura callejera.

Como vimos anteriormente, todo joven de la *inner city* que desee tener éxito en el sector FIRE debe ser bicultural: tiene que seguir “las leyes de la mujer blanca” en el distrito financiero y regresar a casa a un *tenement* o un caserío y ser capaz de restituir su personalidad callejera. Es una cuerda floja sobre la cual miles de habitantes de East Harlem equilibran sus identidades. Frecuentemente, los jóvenes exitosos deben soportar que amigos y vecinos menos afortunados los acusen de traicionar a su etnia o de albergar racismo interiorizado.

Algunos visitantes habituales al Salón de Juegos censuraban a vecinos suyos que, empleados exitosamente, se lograban adaptar a la

cultura financiera. Leroy, un primo de César que dirigía su propia red de *crack*, le daba gran importancia al tema:

Leroy: Cuando una persona se va al *downtown* y consigue un buen trabajo, si esa persona es puertorriqueña, rápido uno lo ve empezar a arreglarse el pelo y ponerse lentes de contacto. Así encaja. ¡Y hay mucha gente que hace eso! Yo soy testigo.

Es gente que da un vuelco. Es gente que quiere ser blanca. Si uno les dice que son hispanos, pana, te metes en un lío.

Digamos que tú conoces a Pedro, solo como un decir. Pues de repente, Pedro viene y te dice: [imita un acento blanco nasalizado] “Me llamo Peter”.

¿De dónde saca uno Peter de Pedro?

Préstale atención al modo en que los hispanos se peinan.

Cuando los cogen en un trabajo bueno, de repente, tú sabes, se ponen a hablar formal.

La biculturalidad no es una opción viable para Leroy, ya que su piel negra y brusco proceder le impiden adquirir credibilidad en el contexto de oficina. Tiempo después, averigüé que parte de la ira que expresó esa noche contra la “gente que da un vuelco” surgía como resultado de su última incursión en el mundo laboral legal. Recientemente había renunciado a “un trabajo de a peseta como mensajero” —para regresar a vender *crack* en la escalera del caserío donde vivía— poco después de que una mujer blanca huyera de él espantada por el pasillo de un edificio financiero. Leroy abordó el elevador a la misma vez que la muchacha y por casualidad se bajó en el mismo piso para hacer una entrega. Lo peor del caso es que Leroy había hecho el intento de ser caballeroso. Sospechaba que el contraste entre su cortesía y su desaseo fue lo que aterrizó a la mujer:

Leroy: Uno se monta al elevador y deja que la mujer salga primero como una cortesía, tú sabes. Bueno, eso fue lo que yo hice, pero ese día yo tal vez andaba un poco desaliñado. A veces uno se despeina, tú sabes. Entonces, tal vez, cuando me quedé esperándola pa que saliera primero, yo le haya parecido sucio.

Leroy no reconoció hasta más adelante que él también se había sentido intimidado al compartir el pequeño espacio con una mujer blanca solitaria. El tabú de su proximidad y falta de compañía lo desconcertó a tal grado que olvidó oprimir el botón cuando abordó el elevador:

Leroy: Ella se metió primero, pero esperó a ver qué botón apretaba yo. Fingió que no sabía a qué piso iba pa esperar a que yo apretara el botón. Y yo me quedé parado allí y se me olvidó apretarlo.

Yo me quedé viendo pal ciprés; no sé qué carajos me pasó. Y entonces ella pensó: “No apretó ningún botón. ¡Me está siguiendo!”

Leroy hace un gran esfuerzo por entender el terror que su mera presencia inspira en las personas blancas.

Leroy: Ya me había pasado antes. Es decir, después de un tiempo uno se vuelve inmune a eso.

Cuando pasa por primera vez, a uno le da coraje. “Eso está mal. ¿Cómo puede ser que te juzguen así nomás?” Pero ése es el modo de pensar de ellos, tú sabes: “Qué mucho moreno que anda por aquí”. Es bien jeví.

Pero a algunos de ellos yo los entiendo. ¿Cómo te lo explico?

Mucha gente blanca... [me vuelve a ver, nervioso] quiero decir, caucásicos... [avergonzado, me pone la mano levemente en el hombro] No te ofendas cuando digo gente blanca, porque yo sé que en este vecindario viven muchos blancos.

Pero luego hay gente blanca que nunca ha visto gente morena. Crecen en barrios ricos, y las escuelas donde estudian... allí no van morenos. Las universidades donde estudian... allí tampoco van morenos. Y luego se vienen pa las oficinas y empiezan a toparse con nosotros.

Y nosotros no tenemos los mejores trabajos, tú sabes. Tú sabes cómo funcionan las cosas. Yo les digo trabajos de a peseta. Y nosotros no siempre encajamos bien ni vamos tan bien vestidos.

A veces yo voy a trabajar desaliñado y en seguida piensan que yo soy un criminal que los quiere asaltar, o algo por el estilo. Así que yo... yo no les presto atención. A veces me encabronan.

Eso me pone a pensar, tú sabes. Me dan ganas de escribir. Siempre escribo cuando me pasa algo parecido.

A veces escribo la historia de lo que pasó. Trato de escribir rimas [letras de rap] sobre el incidente.

Desde luego, al vender *crack*, Leroy no tiene que enfrentar estas confusas humillaciones basadas en las diferencias étnicas y de clase.

Uno de los primos de César me ayudó a examinar el asunto desde otra perspectiva. Él había “alcanzado el éxito” en la economía legal pero conservaba la amistad con varios de sus antiguos vecinos. Tras criarse en El Barrio y atravesar una etapa de heroïnomanía, logró conseguir un empleo administrativo fijo en una agencia de seguros y adquirió una casa en los suburbios para su familia. En un principio, negó haber tenido que desechar su identidad étnica para escapar la cultura callejera. Él y su familia eran testigos de Jehová devotos y él concebía su conversión a la fe y su superación socioeconómica como un solo evento. Sin embargo, cada vez que regresaba a El Barrio a visitar a amigos y parientes, se sentía obligado a esconder el alcance de su éxito económico.

El primo de César: La mitad de mis amigos se murieron: asesinatos, sobredosis. Pero sigo en contacto con los que quedan vivos. De hecho hoy estuve con uno de ellos. Está en un programa de metadona.

Mis amigos de acá, ellos no sienten que yo los menosprecie.

Claro que no saben cómo yo vivo. Saben que yo “trápicheo con seguros”, pero yo no me las guillo en frente de ellos. Puede que los haga sentirse incómodos, así que nunca hablo de eso. Por eso no me ven como un traidor.

La cuerda floja de etnia y clase no es tan fácil de equilibrar en este nuevo mundo de ascensión social, gobernado por una forma de racismo hondamente institucionalizada.

LeRoy ha optado por aceptar e interiorizar la legitimidad del *apartheid* en los Estados Unidos.

El primo de César: El futuro de mis hijos tiene horizontes que yo nunca tuve. Vivimos en condiciones suburbanas. De hecho, somos una de las tres familias hispanas de todo el sitio.

Hay gente que se asusta cuando yo salgo a correr por el vecindario. Se ponen nerviosos cuando me ven. Yo me despreocupo porque yo tengo confianza. No les presto atención. No me fastidian para nada.

De vez en cuando me llaman a la casa a fastidiarme, y me dicen, tú sabes: “Ey, spic”; “spic” y cosas así, tú sabes, pero yo no lo cojo a pecho [risa nerviosa].

En cierto sentido yo he aprendido a ponerme en su lugar. ¿Tú me entiendes? Porque yo he visto lo que las minorías étnicas le pueden hacer a un vecindario. Yo he visto caer a grandes vecindarios. Entonces yo me pongo en sus zapatos y los comprendo; he aprendido a tener empatía. Yo entiendo la forma de pensar de ellos.

Primo y César encuentran imposible tanta empatía y comprensión. Se refugian en la economía informal y celebran la cultura de la calle.

BIBLIOGRAFÍA

Becker, H. S. 1963 *Outsider: Studies in the Sociology of Deviance* (Nueva York: The Free Press).

Berlin, G. 1991 “The Poverty Among Families: A Service Decategorization Response” Informe mecanografiado (Nuva York: Manpower Demonstration Research Corporation).

Bourgois, P. 1989 *Ethnicity at Work: Divided Labor on a Central American Banana Plantation* (Baltimore: Johns Hopkins University Press).

Colburn, F. (comp.) 1989 *Everyday Forms of Peasant Resistance* (Armonk, NY: M.E. Sharpe).

Covello, L.; D’Agostino, G. 1958 *The Heart Is the Teacher* (Nueva York: McGraw Hill).

- Departamento de Planeamiento Urbano de la Ciudad de Nueva York
1993.
- Hebdige, D. 1979 *Subculture: The Meaning of Style* (Londres: Methuen).
- Romo, F.; Schwartz, M. 1993 "The Coming of Post-Industrial Society Revisited: Manufacturing and the Prospects for a Service-Based Economy" en Swedberg, R. (comp.) *Explorations in Economic Sociology*, pp. 335-373 (Nueva York: Russell Sage Foundation).
- Sassen-Koob, S. 1986 "New York City: Economic Restructuring and Immigration" en *Development and Change* N° 17, pp. 85-119.
- Scott, J. C. 1985 *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven: Yale University Press).
- Smith, R. 1992 "Mexican Immigrant Women in New York City's Informal Economy" en Conference Paper #69 (Nueva York: Columbia-New York University Consortium, Center for Latin American and Caribbean Studies).